Este periódico se publica tres veces al mes, en los dias 10, 20 y 30, en cuardernos iguales al presente.

Se suscribe en Madrid en las librerías de CUESTA y JORDAN, y en las principales de las provincias.

Por un mes en Madrid. . . rs. 10
Por un mes en las Provincias. . 12

Los que gusten suscribirse directamente, podrán hacerlo por libranza contra Correos por el importe de la suscricion.

MARÍA TUDOR.

MARIA TUDOR,

DRAMA EN TRES JORNADAS

orijinal de Victor Hugo,

TRADUCIDA

POR

D. JOSÉ GONZALEZ DE VELASCO.

Representada en el teatro de esta capital á beneficio de Doña Concepcion Samaniego, el jueves 26 de enero de 1837.



VALENCIA:

IMPRENTA DE D. ILDEFONSO MOMPIÉ DE MONTAGUDO.

1837.

Es propiedad de la casa de D. Ildefonso Mompié de Montagudo, del comercio de libros de Valencia.

Se hallará en su librería, calle nueva de San Fernando, núms. 63 y 64, junto al Mercado.

A

D.ª Concepcion Samaniego,

PRIMERA ACTRIZ

DEL TEATRO DE VALENCIA,

EN ENERO DE 1837.

Mucho tiempo hacia, mi apreciable amiga, que habia yo pensado intentar la traduccion de la célebre María Tudor de V. Hugo, cuando una insinuacion de V. vino de concierto con mis ideas á ponerme en el caso de realizar aquel pensamiento.

Desconfiaba yo mucho de mis fuerzas, ya por ser esta la primera obra de su género en que me ensayaba, ya

por lo difícil y sublime de la obra misma, ya tambien por el cortísimo espacio de doce ó quince dias, que en medio de mis continuas é imprescindibles ocupaciones, era por lo adelantado del tiempo, lo que podia emplear en la traduccion. Pero V. lo deseaba, y yo no titubeé un momento, salvando todos los obstáculos, en satisfacer sus deseos, presentándosela á V. para ejecutarla en su beneficio. Si mi traduccion á pesar de sus muchos defectos agradó á V. y arrancó aplausos del público, estoy persuadido de que fue debido lo primero á la bondad y amistosa deferencia de V. para conmigo; y lo segundo al acierto, esmero é intelijencia conque el drama fue jeneralmente desempeñado.

Admirador entusiasta del mérito de esta célebre composicion que se ha adquirido el primer lugar entre todas las de su jénero, hubiera querido que su traduccion la hubiera emprendido otra pluma mas diestra é intelijente que la mia; pero ya que me ha tocado ser el primero, he hecho cuanto me ha sido posible para presentarla cual su autor la escribió.

Permítame V. pues, amiga mia, que la dedique esta escasa muestra de mi pobre talento, en prueba de mi afecto, en confirmacion de mi idea primera, y en la persuasion de que á nadie pudiera hacerlo mejor que á la que tan inimitablemente ha sabido copiar la bella María de Hugo.

Otros tal vez mas afortunados y

de mas cultivado talento ofrecerán á V. obras mas acabadas y perfectas; empero si en esto me esceden no lo podrán en la constante adhesion con que soy de V. apasionado amigo Q. B. S. P.

José Gonzalez de Velasco.

MARIA TUDOR.

DRAMA EN TRES JORNADAS

DE VICTOR HUGO.

PERSONÁGES.	*ACTORES.*
MARIA, Reina de Inglaterra.	*D.ª C. Samaniego.*
JUANA, hija y heredera de lord Talbot.	*D.ª C. Montaño.*
GILBERTO, su amante.	*D. G. Perez.*
FABIANO FABIANI, favorito de María.	*D. P. Montaño.*
SIMON RENARD, embajador de España.	*D. J. Galindo.*
JOSUÉ FARNABY, llavero. . . .	*D. J. Orgáz.*
Un judío.	*D. J. Aznar.*
LORD CLINTON.	*D. F. Roman.*
LORD CHANDOS.	*D. N. Brú.*
LORD MONTAGÚ.	*D. N. Montesinos.*
ENEAS DULVERTON, condestable.	*D. N. Baix.*
LORD GÁRDINER, canciller. . .	*D. N. Maza.*
Un carcelero.	*N. N.*
Cortesanos.	
Pages.	
Guardias.	
El verdugo.	

La escena es en Londres, año de 1553.

MARIA TUDOR.

JORNADA PRIMERA.

EL HOMBRE DEL PUEBLO.

PERSONAJES.

Gilberto.
Fabiano Fabiani.
Simon Renard.
Lord Chandos.
Lord Clinton.
Lord Montagú.
Josué Farnaby.
Juana.
Un judío.



Jornada primera.

Playa solitaria á orillas del Támesis: un viejo paredon arruinado oculta la orilla del rio: á la derecha una casa de pobre apariencia: en el ángulo una pequeña estátua de la Virgen, á cuyo pie, en una reja de hierro, arde una lámpara. En el fondo, mas allá del Támesis, se ve Londres; distinguense dos grandes edificios, la torre de Londres y el palacio de Westminster. Empieza á anochecer.

Escena I.

Varios grupos de hombres por la playa, entre ellos Simon Renard, John Bridges *baron de Chandos,* Roberto Clinton *baron de Clinton, y* Anthonny Brown *vizconde de Montagu.*

CHANDOS.

Teneis razon, Milord; por fuerza ese maldito de italiano ha hechizado á la Reina.

No puede pasar sin él. Para él solo vive, solo para él está alegre, solo á él escucha. Si está un dia sin verle sus ojos se amortiguan como en el tiempo que amaba al cardenal Polus; ¿os acordais?

SIMON.

Sí por cierto; apasionada como entonces, y por consiguiente celosa.

CHANDOS.

El italiano, no hay duda, la ha hechizado.

MONTAGU.

A propósito, dicen que los de su nacion tienen filtros para eso.

CLINTON.

Los españoles son diestros en componer venenos que matan, y los italianos que hacen amar.

CHANDOS.

Entonces Fabiani es á la vez español é italiano. La Reina está enamorada y enferma, conque le habrá dado de los dos.

MONTAGU.

Pero en realidad, ¿es italiano ó español?

CHANDOS.

Parece cierto que ha nacido en Italia, pero que ha sido educado en España; y dice que está enlazado con una de las buenas familias españolas. Lord Clinton sabe esto por la punta de los dedos.

CLINTON.

Es un aventurero: ni español ni italiano: inglés menos, á Dios gracias; pero estos hombres que no tienen patria, no tienen piedad del pobre pais en que llegan á ser poderosos.

MONTAGU.

Deciais, Chandos, que la Reina estaba enferma; á fe que no le impide el mal, pasar una vida alegre con su favorito.

CLINTON.

¡Vida alegre! ¡vida alegre! Mientras ella rie el pueblo llora, y el favorito colmado de riquezas y de honores. La Reina ha dado á ese hombre los bienes de lord Talbot, ¡del gran lord Talbot! Le ha hecho conde de Clanbrasíl y baron de Dinasmonddy... ¡á ese Fabiano Fabiani que se dice de la familia española de Peñalver, y que miente! Es par de Inglaterra como vos, Montagu, como vos, Chandos, como Stan-

ley, como Norfolk, como yo, como el Rey... ¡Tiene la jarretiera como el infante de Portugal, como el Rey de Dinamarca, como ¡Tomas Percy, séptimo conde de Northumberland!... ¿Que tirano mayor que este que nos gobierna desde su cama? Jamás la Inglaterra sufrió un yugo mas pesado. Yo soy viejo, milores, y puedo hablar.— En Tiburn hay setenta horcas nuevas, las hogueras siempre encendidas, siempre ardiendo, nunca se apagan; el hacha del verdugo que todas las mañanas se afila, por la tarde ya está embotada; cada dia se corta la cabeza de algun hidalgo. Antes de ayer Blantire, ayer Nortcurry, hoy Sout-Reppo, mañana Tyrconnel, la semana prócsima sereis vos, Chandos, y yo á la otra tal vez. Milores, milores... es una vergüenza, una ignominia, que tantas honradas cabezas inglesas caigan de este modo por solo el capricho de no sé qué miserable aventurero que ni aun siquiera es de este pais. Es horroroso, insufrible, el pensar que un favorito napolitano pueda tirar tantos tajos como quiera desde la cámara de esa Reina. ¡Pasan los dos una vida alegre, decís! Por Dios, que es bien infame. ¡Ah! pasan una vida alegre como enamorados, interin á su puerta el corta-cabezas hace

viudas y huérfanos! ¡su guitarra italiana suena á compas del ruido de las cadenas! ¡O Reina! haceis venir cantores de la capilla de Avignon, todos los dias teneis en vuestro palacio comedias, bailes y funciones de música... ¡Por Dios! Señora, menos alegría en vuestra habitacion y menos duelos en nuestras casas: menos farsantes ahí y menos verdugos aquí: menos teatros en Westminster y menos cadalsos en Tiburn.

MOMTAGU.

Cuidado con lo que decís. Lord Clinton, nosotros somos súbditos leales: nada contra la Reina, todo contra Fabiani.

SIMON.

(*Poniendo la mano en el hombro á lord Clinton.*) ¡Paciencia, milord!

CLINTON.

¡Paciencia!.. eso os es muy fácil decirlo, Simon Renard... Vos, que sois bailío d'Amont en el franco condado, súbdito del emperador y su legado en Londres: que representais aquí al príncipe de España futuro marido de la Reina. Vuestra persona es sagrada para el favorito, ¡pero nosotros! ya lo veis: para vos, Fabiani, es lo que para la oveja el pastor, para nosotros lo que el carnicero. (*Anochece.*)

SIMON.

No me incomoda á mí menos ese hombre. Vosotros temeis por vuestra vida, yo por mi crédito. Aun hay mas. Yo obro y callo, muestro menos cólera que vos, milord, y le aborrezco mas. Yo destruiré al favorito.

MONTAGU.

¡Ah! ¿y como? todo el dia estoy pensando en eso.

SIMON.

No es de dia cuando se hacen y deshacen los favoritos de las reinas; es de noche.

CHANDOS.

Pues esta es bien oscura y horrorosa.

SIMON.

Yo la encuentro muy bella y á propósito para mis ideas.

CHANDOS.

¿Qué intentais hacer?

SIMON.

Ya lo vereis. Milord Chandos, cuando una mujer reina el capricho reina, y entonces la política no está sujeta á cálculo sino á casualidades. Con nada se puede contar;

por el dia de hoy no puede deducirse lo que será el de mañana; y los negôcios se juegan á una carta, no al agedréz.

CLINTON.

Todo eso está bien, pero al caso. ¿Cuando nos librareis del favorito? Es urgente, mañana se decapita á Tirconnel.

SIMON.

Si yo puedo encontrar esta noche el hombre que busco, Tirconel mañana por la noche cenará con vosotros.

CLINTON.

¿Qué decís? ¿Y Fabiani qué se habrá hecho?

SIMON.

Teneis buena vista, milord?

CLINTON.

Sí por cierto, á pesar de que soy viejo y la noche está oscura.

SIMON.

¿Veis bien á Londres al otro lado del rio?

CLINTON.

Sí, ¿por qué?

SIMON.

Mirad con atencion. Desde aquí se descubre lo alto y lo bajo de la fortuna de todo favorito. Westminster y la torre de Londres.

CLINTON.

Y bien, ¿qué?

SIMON.

Si Dios me ayuda, en el momento que hablamos todavía hay allí un hombre (*Señala á Westminster*), mañana á estas horas estará aquí. (*Señala á la torre.*)

CLINTON.

¡Dios os proteja!

MONTAGU.

El pueblo no le aborrece menos que nosotros, ¡que fiesta habrá en Lóndres el dia de su caída!

CHANDOS.

Nos ponemos en vuestras manos, señor Bailío, disponed de nosotros; ¿que hay que hacer?

SIMON.

¿Veis bien esta casa? (*Mostrando la casa pobre*) Es la del tallista Gilberto. Dispersaos con vuestras gentes, pero sin alejaros de modo que la perdais de vista. Sobre todo, no hacer nada sin mí.

CHANDOS.

Está dicho. (*Se van por varios lados.*)

SIMON.

(*Queda solo.*) Un hombre como el que necesito no es fácil de encontrar. (*Se va.*) (*Entran Gilberto y Juana apoyada en su brazo con direccion á su casa. Josué con ellos envuelto en una capa.*

Escena II.

Juana, Gilberto y Josué Farnaby.

JOSUE.

Os dejo aquí, amigos mios; ya es de noche y tengo que volverme á la torre á cumplir con mi obligacion de llavero: ¡ah! yo no soy libre como vosotros, ¿lo veis? un portero de la cárcel no es mas que una especie de preso. Juana, Gilberto, á Dios. ¡Cuanto me complazco, amigos mios, en veros dichosos! ¡ah! dime Gilberto, ¿cuando es la boda?

GILBERTO.

De aquí á ocho dias.

JOSUE.

Pasado mañana es Navidad; el dia de los

deseos y de los aguinaldos; pero yo nada tengo que desear para vosotros: ¿que mas belleza para la novia y mas amor para el novio? es imposible: ¡sois muy dichosos!

GILBERTO.

¿Y tú, buen Josué, no lo eres?

JOSUE.

Yo, ni dichoso ni desgraciado; todo me es indiferente. Mira, Gilberto (*Entreabre su capa y deja ver un manojo de llaves que pende de su cintura.*), las llaves de las prisiones que me suenan siempre al lado hablan y me sujieren con su ruido toda suerte de pensamientos filosóficos. Cuando yo era jóven era como cualquier otro, enamorado todo un dia, ambicioso todo un mes, loco todo un año. Esto era en tiempo de Henrique VIII. ¡Que hombre tan singular por cierto era este Henrique VIII! Hombre que cambiaba de mujeres como una mujer de vestidos. Repudió á la primera, hizo cortar la cabeza á la segunda, y abrir el vientre á la tercera: en cuanto á la cuarta la perdonó, es verdad, pero la arrojo del trono, y en desquite hizo decapitar á la quinta. No creais, bella Juana, que lo que os digo son los cuentos de Barba-azul, es la his-

toria de Henrique VIII. Yo en aquel tiempo me comprometi en las guerras de relijion, y me batía por unos ó por otros; por el que llevaba la ventaja: era lo mejor que podia hacerse entonces, porque la cuestíon era muy delicada. Se trataba de ir nada menos que en pro ó en contra del Papa. El partido del Rey ahorcaba á los que iban en pró, y estos quemaban á los que iban en contra. Los indiferentes, esto es, los que ni á favor de uno ni otro iban se les quemaba ó se les ahorcaba indiferentemente. Salia quien podia. Deciais sí, la cuerda: no, la hoguera; ni sí, ni no, la hoguera y la cuerda. Yo mismo que os estoy ahora hablando, he sentido la chamusquina de muy cerca, y no estoy seguro de que no me hayan ahorcado dos ó tres veces. Era un tiempo hermoso, igual al de ahora con corta diferencia. Pues bien, yo me batía por todo esto, y ahora lleve el diablo si sé por quién me batiría. Si me vienen hablando otro vez de Lutero y del Papa Paulo III, me encojo de hombros. Cuando los cabellos están blancos, Gilberto, es menester no recordar las opiniones por qué se hacia la guerra, ni las mujeres á quiénes se hacia el amor á los veinte años; unas y otras nos parecerian muy feas, muy viejas, muy mezquinas,

muy desdentadas, muy arrugadas, muy necias. He aquí mi historia. Ahora me he retirado de los negocios, no soy soldado del Rey ni del Papa, solo carcelero de la torre de Londres. No me bato ya por nadie, y meto á todo el mundo bajo de llave. Viejo portero de la cárcel, tengo un pie en el calabozo y otro en el sepulcro, y recojo los restos de los ministros y favoritos que se hacen pedazos en el cuarto de la Reina. Esto es muy divertido: tengo ademas una hija tierna á quien amo, y os tengo á vosotros que os amo tambien, y si sois dichosos yo lo soy igualmente,

GILBERTO.

En este caso sé feliz, Josué, ¿no es verdad Juana? (*Juana está distraida.*)

JOSUE.

Yo nada puedo hacer para tu felicidad, pero Juana lo puede todo; ¡tú la amas! Nunca podré servirte de nada, porque á Dios gracias no eres un gran señor para necesitar alguna vez al llavero de la torre de Londres. Juana, no obstante, desquitará mi deuda al mismo tiempo que la suya, porque los dos te lo debemos todo. Ella era una pobre criatura huérfana y abandonada, tú la recojiste y la has educado;

yo me ahogaba un dia en el Támesis, y tú me sacaste del agua.

GILBERTO.

¿A qué fin hablar siempre de eso, mi buen Josué?

JOSUE.

Porque nuestro deber es amarte, yo como un hermano, Juana.... no como una hermana.

JUANA.

No, como una esposa: os comprendo Josué. (*Vuelve á distraerse.*)

GILBERTO.

(*Aparte á Josué.*) Mírala, Josué: ¿no es verdad que es hermosa, encantadora, que será digna de un príncipe? Si tú supieses.... pero no puedes figurarte como yo la amo.

JOSUE.

Cuidado...., eso no es prudente: á una mujer no se la ama tanto...., á una hija es otra cosa.

GILBERTO.

¿Que quieres decir?

JOSUE.

Nada: dentro de ocho dias vendré á la boda. Espero que los negocios de estado me de-

jarán entonces un poco de libertad, y que todo se habrá ya concluido.

GILBERTO.

¡Como! ¿que se habrá concluido?

JOSUE.

¡Ah! tú no te ocupas de estas cosas: estás enamorado, Gilberto, eres un hombre del pueblo: ¿que te importan las intrigas de allá arriba cuando aquí bajo eres tan dichoso? Pero ya que me preguntas, sabe que de aquí á ocho dias, acaso de aquí á veinticuatro horas, se espera que Fabiano Fabiani dejará su puesto cerca de la Reina á algun otro.

GILBERTO.

¿Quien es ese Fabiano Fabiani?

JOSUE.

Es el amante de la Reina; un favorito muy célebre y muy hermoso que hace mas pronto cortar la cabeza á un hombre que le desagrada, que un burgomaestre flamenco se come una cucharada de sopa; el mejor favorito que despues de diez años ha podido presentarse al verdugo de la torre de Lóndres. Ya sabes que tiene diez escudos de plata por cada cabeza de gran señor de la córte, y á veces doble si la ca-

beza es de mucha consideracion. Figúrate cuánto se deseará la caida de Fabiani. Verdad es que yo solamente oigo hablar de él en la torre á jentes de mal humor, que les deben cortar la cabeza de aqui á un mes, y por consiguiente descontentos.

GILBERTO.

Dejemos á los lobos que se devoren entre sí. ¿Que nos importa á nosotros la Reina y su favorito?

JOSUE.

¡Oh! hay una terrible conspiracion contra Fabiani; si puede escapar será dichoso. No me sorprenderia que esta noche tuviese algun mal lance: acabo de ver, dando vueltas por alli, muy pensativo, á Simon Renard.

GILBERTO.

¿Quien es ese Simon Renard?

JOSUE.

¡Como! ¿no lo sabes? Es el brazo derecho del Emperador en Lóndres. La Reina debe casarse con el príncipe de España, y Simon Renard es su legado cerca de ella. La Reina le aborrece, pero le teme; y nada puede contra él. Ya ha destruido tres favoritos: parece que este es su instinto: limpia el palacio de cuando en

cuando; es hombre muy sagaz, muy malicioso, que sabe todo cuanto pasa, y está metido en todas las intrigas. Con respecto á lord Paget, ¿no me has preguntado quién era este lord Paget? Es un hidalgo muy despejado, que estuvo en los negocios en tiempo de Henrique VIII. Es del consejo privado, y tiene tal ascendiente, que los otros ministros no osan respirar delante de él, como no sea sin embargo el canciller milord Gardiner, que le detesta. Este Gardiner es un hombre de jenio violento, pero de muy noble cuna. Paget al contrario, es hijo de un miserable zapatero, y fue hecho baron Paget de Beaudesert en Sttaford.

GILBERTO.

¡Como relata de corrido todas esas cosas el bueno de Josué!

JOSUE.

¡Por Dios vivo! á fuerza de oir hablar á los presos de Estado. (*Simon en el fondo.*) Gilberto, el hombre que sabe mejor la historia de estos tiempos es el portero de la torre de Lóndres.

SIMON.

(*Desde el fondo, que ha oido sus últimas*

palabras.) Os engañais, amigo mio, es el verdugo.

JOSUE.

(Bajo á Gilberto y Juana.) Retirémonos un poco. *(Simon se aleja lentamente.)* Sin duda alguna es el mismo Simon Renard.

GILBERTO.

Todas estas jentes que andan rondando mi casa no me gustan.

JOSUE.

¿Que diablos vendrá á hacer por aqui? Voyme pronto, porque me parece que está preparándome que hacer. Adios, Gilberto; adios, bella Juana.

GILBERTO.

Adios, Josué. Pero dime, ¿que es lo que ocultas ahí bajo tu capa?

JOSUE.

¡Ah! yo tambien tengo mi complot.

GILBERTO.

¿Que complot?

JOSUE.

¡Oh! un enamorado todo lo olvida: acabo de recordaros que pasado mañana era Navidad, el dia de los aguinaldos y de los

regalos. Los cortesanos previenen una sorpresa á Fabiani; yo por mi parte prevengo tambien la mia. La Reina va á tomar un nuevo favorito, y yo á dar una muñeca á mi hija (*Saca una muñeca de debajo de la capa*), nueva tambien: veremos cuál de las dos romperá mas pronto su juguete. Adios, amigos mios.

GILBERTO.

Adios, buen Josué. (*Josué se va alejando: Gilberto toma la mano de Juana, y la besa apasionadamente.*)

JOSUE.

(*En el fondo.*) ¡ Oh ! ¡ cuan grande es la Providencia! á cada uno da su entretenimiento: la muñeca á la niña, la niña al hombre, el hombre á la mujer, y la mujer... al diablo. (*Se va.*)

Escena III.

Gilberto y Juana.

GILBERTO.

Tambien es preciso que yo me vaya. Adios, Juana; dormid bien.

JUANA.

¿Que no entrais este noche conmigo como otras veces?

GILBERTO.

No puedo: tengo esta noche que concluir una obra en mi taller; un mango de puñal para un tal lord Clanbrasil, que no conozco, y que me lo ha pedido para mañana por la mañana.

JUANA.

Entonces, buenas noches, Gilberto, hasta mañana.

GILBERTO.

No, Juana, todavía no, un momento: ¡Dios mio! ¡cuanto me cuesta separarme de vos, aunque no sea sino por algunas horas! Vos sois mi vida, mi verdadera alegría; mas por lo mismo es preciso que me vaya á trabajar; ¡somos tan pobres! no quiero entrar, porque me detendria demasiado; y sin embargo soy tan débil, que no tengo bastante fuerza para irme tan pronto. Esperad; sentémonos algunos momentos sobre este banco: me parece que no me será tan difícil el marcharme como si entrase en casa, y sobre todo en vuestro cuarto. (*Se sientan, y la coje la mano.*) Juana, ¿me amas?

JUANA.

¡Oh! ¡todo os lo debo, Gilberto! lo sé, aunque vos me lo habeis ocultado por mucho tiempo. Era yo muy niña, casi estaba en la cuna, cuando mis padres me abandonaron, y vos me recojisteis. Hace diez y seis años que vuestros brazos trabajan por mi como los de un padre, y vuestros ojos han velado sobre mi como los de una madre. ¡Que seria yo sin vos, Dios mio! Todo lo que poseo me lo habeis dado; todo cuanto soy es obra vuestra: trabajais noche y dia por mi, os quitais la vida, os matais: ahora mismo, ¡que noche vais á pasar por mi! ¡Y jamas una reconvencion, un enfado, una palabra dura! ¡tan pobre vos, y hasta mis mas frívolos deseos, mis caprichos todos los satisfaceis! ¡Gilberto! no pienso en vos sino con las lágrimas en los ojos: ¡habeis carecido algunas veces de pan, y yo nunca de lazos, de adornos inútiles! Quisiera besar la tierra que pisais.

GILBERTO.

¿Pero me amas? dí. ¡Ah! todo eso no es decir que me amas: tengo necesidad de esa palabra sola, Juana; gratitud, reconocimiento..... ¡ah! yo no hago caso de ello..... amor, amor solo es lo que quiero..... ó nada..... la muerte. Hace diez y

seis años que eres mi hija; ahora vas á ser mi mujer: yo te adopté, quiero ahora unirme á ti; eres mi prometida, lo sabes..... ¡dentro de ocho dias! ¡ah! tú me amabas cuando me lo prometiste. Juana, hubo un tiempo en que me decias, levantando tus hermosos ojos al cielo: «¡yo te amo!» Yó siempre te veo lo mismo que entonces; pero tú me parece que de algunos meses acá has cambiado algo; sobre todo, hace tres semanas, desde que mi trabajo me obliga á ausentarme por las noches. ¡Oh! Juana, yo quiero que me ames; estoy acostumbrado á ello. Tú tan alegre antes, ahora tan triste y pensativa, no fria, no, porque haces lo posible para no estarlo; pero yo conozco que las palabras de amor no salen de tu boca con la sencillez, con la naturalidad que otras veces. ¿Que tienes? ¿Es que no me amas ya? Yo ciertamente soy un hombre de bien, un artesano honrado; pero quisiera mas bien ser un asesino, un ladron, y que tú me amases.

JUANA.

¡Gilberto!.... (*Llorando.*)

GILBERTO.

¡Ah! veo correr tus lágrimas..... son de alegría, ¿no es verdad? ¡ah! tengo necesi-

dad de creerlo asi: no hay dicha en el mundo como la de ser amado. ¡Que me hablas de lo que he hecho por ti! una sola palabra de amor, y deja á un lado toda tu gratitud: un crimen cualquiera, mi condenacion eterna si es preciso; ¿pero serás mi esposa? ¿me amas? Mira, por una sola mirada tuya daria todo cuanto poseo, por una sonrisa mi vida, por un beso mi alma.

JUANA.

¡Que noble corazon!

GILBERTO.

Oye, Juana. Rie de mi si quieres; soy un loco, un celoso, como te parezca; pero no te ofendas. Hace algun tiempo que veo algunos señores rondar por aqui: yo tengo ya treinta y cuatro años. ¡Que fatalidad para un infeliz artesano sin gracia, mal vestido como yo, que no es jóven ni hermoso, amar á una muchacha de diez y siete años, bella, encantadora, que atrae á sí los jóvenes y brillantes caballeros de la córte, como la luz á las mariposas! ¡ah! yo padezco, pero no te ofendo nunca en mi imajinacion; á ti que eres tan honrada, tan pura; á ti, cuya frente solo mis labios la han tocado. Solamente me parece que te agrada demasiado ver pasar

alguñas veces la comitiva y las cabalgatas de la Reina, y esos bellos trajes de raso y de terciopelo, bajo los cuales hay tan poca alma y tantos corazones vacíos. Perdóname por Dios; pero ¿por que vienen por aqui tantos jóvenes señores? ¡ah! ¿porque no soy yo jóven, hermoso, noble y rico? Gilberto el tallista, nada mas. Ellos lord Chandos, lord Gerard, Fitz Gerard, el conde d'Arundel, el duque de Norfolk. ¡ah! ¡cuanto los aborrezco! paso mi vida cincelando puños para sus espadas, cuya hoja quisiera hundirles en el pecho.

JUANA.

¡Gilberto!....

GILBERTO.

Perdon, Juana. ¿No es verdad que el amor hace á los hombres malvados?

JUANA.

No; los hace buenos. ¡Vos lo sois tanto!

GILBERTO.

Ah! ¡cuanto te amo! cada dia mas; siempre serás dueño de mi corazon. Yo estoy loco..... perdóname cuanto he dicho: es tarde, y es preciso que me vaya. ¡Dios mio! ¡cuanto me cuesta dejarte! Entra en casa: ¿no tienes la llave?

JUANA.

No; hace algunos dias que no sé qué se ha hecho.

GILBERTO.

Aqui está la mia. Hasta mañana. Acuérdate de que hoy todavía soy tu padre, dentro de ocho dias tu marido. (*La besa en la frente, y se va.*)

JUANA.

(*Sola.*) ¡Mi marido! ¡ah! no; no consentiré yo tal crímen. ¡Pobre Gilberto! me ama..... ¡y el otro!.... ¡Si yo no hubiera preferido la vanidad á el amor! ¡desgraciada! ¿de cual de los dos dependo ahora? ¡ah! ¡soy muy ingrata y muy culpable! Pero oigo pasos, entremos pronto. (*Entra en la casa.*)

Escena IV.

Gilberto, un hombre envuelto en una capa con un gorro amarillo en la cabeza, y conduciendo á Gilberto por la mano.

GILBERTO.

Sí, te conozco; eres el pobre judío que anda por estos alrededores hace algunos dias.

Pero ¿que me quieres? ¿por que me traes aqui?

EL HOMBRE.

Es que lo que tengo que deciros no puedo hacerlo sino aqui.

GILBERTO.

Y bien, qué es, habla, despacha.

HOMBRE.

Escúchame jóven. Hace diez y seis años, la noche misma en que lord Talbot fue decapitado por crimen de papismo y de alta traicion, sus partidarios fueron destruidos enteramente en Londres por los soldados de Henrique VIII; el fuego duró toda la noche en las calles. Esta misma noche, un jóven artesano, mucho mas ocupado de su trabajo que de la guerra, estaba velando en su tienda... La primera á la entrada del puente de Londres... una puerta baja á la derecha... en la pared hay aun restos de pintura colorada... Podrian ser las tres de la mañana: peleaban por la otra parte, y las balas silbando atravesaban el Támesis. De repente llamaron á la puerta del artesano, por cuyas rendijas se dejaba ver alguna claridad: abrió y entró un hombre desconocido. Este hombre llevaba en sus brazos una criatura en

mantillas que lloraba de espanto. El hombre la dejó sobre la mesa y dijo: «ahí teneis una criatura que no tiene padre ni madre:" despues salió cerrando tras sí la puerta. El artesano, no tenia tampoco padre ni madre, adoptó á la criatura, el huérfano á la huérfana. La adoptó, cuidó de ella, la vistió, la alimentó, la educó, la amó y se entregó todo á esta pobre criatura que la guerra civil habia arrojado á su tienda. Todo lo olvidó por ella, su juventud, sus distracciones, sus placeres; hizo de esta criatura el objeto único de su trabajo, de sus cuidados, de su vida; y hace diez y seis años que dura todo esto. Gilberto, vos sois el artesano; la criatura....

GILBERTO.

Es Juana. Todo cuanto has dicho es verdad, ¿pero á dónde vas á parar?

EL HOMBRE.

He olvidado decir que á los pañales de la criatura habia prendido con un alfiler un papel que decia: «tened piedad de Juana."

GILBERTO.

Y estaba escrito con sangre: he conservado ese papel, y siempre le llevo conmigo.

Pero tú me atormentas: ¿á dónde vas á parar, dí?

EL HOMBRE.

A lo que voy á deciros. Ya veis que estoy enterado de vuestros negocios. ¡Gilberto! velad esta noche sobre vuestra casa.

GILBERTO.

¿Que quieres decir?

EL HOMBRE.

Nada mas. No vayais á vuestro trabajo; quedaos en estas inmediaciones: velad. Yo no soy amigo ni enemigo vuestro; pero os doy este consejo: ahora para no estorbaros, dejadme. Idos por ese lado, y acudid si oís que os llamo.

GILBERTO.

¿Que significa esto? (*Se va.*)

Escena V.

EL HOMBRE SOLO.

La cosa se dispone bien: tenia necesidad de algun hombre jóven y robusto para que me diera ausilio en caso de apuro. Este Gilberto es á propósito. Pero me parece que oigo ruido de remos y el són de una

guitarra en el rio. Sí. (*Va al paredon.*) (*Oyese una voz lejana que canta, y una guitarra.*) (*La voz se va oyendo mas cerca.*)

FABIANI (*dentro cantando.*)

Cuando cantas, dueño hermoso,
El placer de un amor puro,
Veces mil y mil te juro
Fe constante, eterno amor.—
Canta, canta, dueño hermoso,
Quiero oir tu dulce voz.

Cual la del amor divino,
Tu sonrísa encantadora,
La sospecha cruel, traidora,
Hace huir del corazon.—
Rie, rie, y yo adivino
La sonrisa del amor.

Adormida entre mis brazos,
Palpitar sentí tu seno,
Y de amor el pecho lleno
Murmurar tu boca «amor.»
Duerme, y sienta yo en mis brazos
Palpitar tu corazon.

Cuando dices «Yo te amo»
Por calmar mi afan, mis celos,

Me parece que los cielos
Se entreabren á tu voz. —
Amame cual yo te amo,
Y no haya mas celos, no.

EL HOMBRE.

Ya desembarca. Bien. Despide al gondolero. Perfectamente. (*Volviendo.*) Ya viene aqui. (*Fabiani entra embozado en su capa, y se dirije á la casa.*

Escena VI.

El hombre y Fabiano.

EL HOMBRE.

(*Deteniendo á Fabiano.*) Una palabra, caballero.

FABIANO.

Creo que es á mi: qué querrá este pillo: ¿quien eres?

EL HOMBRE.

Quien vos querais, señor.

FABIANO.

Este farol alumbra mal; pero llevas un gorro amarillo que parece de judío: ¿eres un judío?

EL HOMBRE.

Sí, un judío: tengo que deciros.

FABIANO.

¿Como os llamais?

EL HOMBRE.

Yo sé vuestro nombre, y vos no sabeis el mio; tengo sobre vos esta ventaja, permitidme que la conserve.

FABIANO.

¿Sabes mi nombre? ¿tú?

EL HOMBRE.

Sin duda. En Nápoles os llamabais signor Fabiano, en Madrid D. Fabian, en Lóndres os llamais lord Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil.

FABIANO.

¡El diablo cargue contigo!

EL HOMBRE.

Dios os guarde á vos.

FABIANO.

Mira que te haré dar de palos. No me gusta que se sepa mi nombre cuando voy solo por la noche.

EL HOMBRE.

Y sobre todo cuando vais donde vais.

FABIANO.

¿Que quieres decir con eso?

EL HOMBRE.

¡Si la Reina lo supiese!

FABIANO.

Yo no voy á ninguna parte.

EL HOMBRE.

Sí, milord; vais á casa de la bella Juana, la prometida de Gilberto el tallista.

FABIANO.

¡Que diantre! este es un hombre peligroso.

EL HOMBRE.

¿Quereis aun que os diga mas? Vos habeis seducido á esa muchacha, y en el espacio de un mes os ha recibido dos noches en su casa; esta es la tercera: os está aguardando.

FABIANO.

Calla, calla: ¿quieres dinero por callar? ¿cuanto quieres? dí.

EL HOMBRE.

Luego hablaremos de eso. Ahora, milord, ¿quereis que os diga por qué habeis seducido á esa muchacha?

FABIANO.

¡Vive Dios! porque estoy enamorado de ella.

EL HOMBRE.

No; vos no estais enamorado.

FABIANO.

¿No estoy enamorado de Juana?

EL HOMBRE.

Lo mismo que de la Reina: amor no, cálculo, sí.

FABIANO.

¡Ah! calla, pícaro; tú eres mi conciencia en traje de judío.

EL HOMBRE.

Voy pues á hablaros como vuestra conciencia, milord. He aqui vuestra historia. Sois el favorito de la Reina; la Reina os ha dado la jarretiera, el condado, la señoria: cosas huecas todo; la jarretiera es un andrajo, el condado una palabra, la señoría un derecho para que os corten la cabeza: otra cosa mejor os era necesaria;

necesitabais, milord, buenas tierras, estensas posesiones, palacios magníficos y cuantiosas rentas en buenas libras esterlinas. El Rey Henrique VIII habia confiscado los bienes de lord Talbot, decapitado diez y seis años hace: vos habeis hecho que la Reina os los diese; pero para que la donacion fuera válida, era preciso que lord Talbot hubiera muerto sin sucesion. Si ecsistiere un heredero ó una heredera suya como lord Talbot murió por la Reina María y por Catalina de Aragon su madre, como lord Talbot era papista, y la Reina María tambien lo es, no hay duda que os quitaria estos bienes, por mas que seais su favorito, milord, y los volveria al heredero ó heredera de lord Talbot por justicia, por reconocimiento, por identidad de relijion. Vos estabais muy tranquilo por este lado; lord Talbot jamas habia tenido mas que una hija que habia desaparecido de la cuna á la época de la ejecucion de su padre, y que toda Inglaterra creía muerta; pero vuestros espías descubrieron últimamente que en la noche en que lord Talbot y su partido fueron esterminados por Henrique VIII, una criatura habia sido misteriosamente depositada en casa de un artesano tallista en el puente de Lóndres, y que era probable que esta

criatura criada bajo el nombre de Juana, fuese Juana Talbot, la hija que desapareció á la época de la muerte de su padre. Las pruebas auténticas de su nacimiento faltaban, es verdad; pero de un dia á otro podian encontrarse, y este incidente era embarazoso. Verse acaso un dia forzado á devolver á una muchacha Shersbury Wexfford, que es una hermosa ciudad, y el magnífico condado de Waterford es muy duro. ¿Que hacer pues? Vos habeis hallado un medio de destruir y reducir á la nulidad á esta muchacha. Un hombre de bien la hubiera hecho envenenar ó dar de puñaladas; vos lo habeis hecho mejor, la habeis deshonrado.

FABIANO.

¡Insolente!

EL HOMBRE.

Vuestra conciencia es quien habla, milord. Otro la hubiera quitado la vida; vos el honor, es decir, el porvenir. La Reina es hipócrita; aparenta virtud aunque tiene amantes; goza poca salud; puede morir, y entonces vos su favorito, caeriais arruinado bajo su tumba. Las verdaderas pruebas de la ecsistencia de esa jóven podian encontrarse, y entonces aun deshonrada por vos, Juana seria reconocida por la he-

redera de lord Talbot. Vos, empero, habeis previsto este caso; sois un caballero jóven, de buena casa, de una figura interesante; os habeis hecho amar de ella; se ha entregado á vos, y lo peor que pudiera sucederos, era casaros con ella. No querais defraudaros de la invencion de este proyecto, milord; yo lo hallo sublime, y si no fuera yo quien soy, querria ser vos.

FABIANO.

Gracias.

EL HOMBRE.

Habeis manejado con destreza la intriga: habeis ocultado vuestro nombre; estais asi á cubierto por parte de la Reina. La pobre muchacha se cree seducida por un caballero del pais de Sommerset llamado Amyas Pawlet.

FABIANO.

¡Todo, todo lo sabe! Este hombre ve el fondo de los corazones: pero vamos dime, ¿dime qué es lo que quieres?

EL HOMBRE.

Milord, si alguno tuviera en su poder los papeles que hacen constar el nacimiento, la ecsistencia, el derecho de la heredera de lord Talbot, esta circunstancia os ha-

ria pobre, pobre como mi ascendiente el patriarca Job; no os dejaria otros palacios, D. Fabiano, que los que teneis en España, es decir, en vuestra imaginacion; esto seria muy contrario á vuestros planes.

FABIANO.

Sí, pero nadie tiene esos papeles.

EL HOMBRE.

¿Y si alguno los tiene?

FABIANO.

¿Quién?

EL HOMBRE.

Yo.

FABIANO.

Tú, ¡bah! ¡miserable! es falso, es imposible: judío que habla, boca que miente.

EL HOMBRE.

Yo tengo esos papeles.

FABIANO.

Mientes.... ¿donde estan?

EL HOMBRE.

En mi bolsillo.

FABIANO.

No lo creo..... ¿estan en regla? ¿nada les falta?

EL HOMBRE.

Nada, nada absolutamente.

FABIANO.

Entonces, dámelos: los necesito.

EL HOMBRE.

Poco á poco.

FABIANO.

Judío, dame esos papeles.

EL HOMBRE.

Muy bien. Judío, despreciable mendigo, que vas de calle en calle y de puerta en puerta, ¡dame la ciudad de Sherwsbury, la ciudad de Wexfford, el condado de Waterford, dadme por Dios una limosna!

FABIANO

Esos papeles son para mi todo, para ti nada.

EL HOMBRE.

Simon Renard y lord Chandos me los pagarian muy bien.

FABIANO.

Simon Renard y lord Chandos son dos bri-

bones, entre quienes te haré yo ahorcar á ti.

EL HOMBRE.

¿No teneis otra proposicion que hacerme? Adios.

FABIANO.

Ven acá, judío. ¿Que quieres por esos papeles?

EL HOMBRE.

Una cosa de las que llevais encima.

FABIANO.

Mi bolsillo?

EL HOMBRE.

¡Que disparate! ¿quereis vos el mio?

FABIANO.

Entonces, ¿que?

EL HOMBRE.

Un pergamino que no abandonais jamás; que tiene una firma en blanco de la Reina, en que jura por su corona conceder al que se la presente la gracia que le pida. Dadme esa firma en blanco y os doy los títulos de Juana Talbot; papel por papel, milord.

FABIANO.

¿Y para qué lo quieres tú?

EL HOMBRE.

Oid, aquí se juega limpio: os he dicho ya vuestros proyectos, voy á hablaros ahora de los mios: yo soy uno de los principales banqueros judíos de la calle de Kantersten, en Bruselas; doy mi dinero á préstamo; ese es mi oficio: presto diez y me vuelven quince, y presto á todo el mundo, al diablo mismo si viniera y al papa tambien. Hace dos meses que uno de mis deudores ha muerto sin pagarme; era este un antiguo criado de lord Talbot que pudo emigrar, y dejó á su muerte solo cuatro harapos de que yo me apoderé. Entre ellos habia una caja que contenia unos papeles: eran los de Juana Talbot, con toda su historia escrita circunstanciadamente, y apoyada con pruebas para mejor ocasion. La Reina de Inglaterra acababa de daros los bienes de esta huérfana, y justamente yo tenia necesidad de la Reina de Inglaterra para un préstamo de diez mil marcos de oro. He pensado que podiais servirme de algo, y he venido á Inglaterra con este disfraz, he espiado vuestros pasos, los de Juana, y todo por mí mismo. Asi és como he descubierto lo que acabo de deciros, y aqui me teneis. Sereis dueño de los papeles de Juana Talbot si me dais la firma en blanco

de la Reina. Encima pondré que ella me da los diez mil marcos de oro: algo me debiais por el corretaje, pero no quiero que riñamos; diez mil marcos de oro, y nada mas. No os pido á vos la suma porque solo una testa coronada es capaz de pagarla. He aqui lo que se llama hablar sin rodeos. Ya veis, milord, dos hombres diestros como vos y yo nada ganarian en engañarse uno á otro. Si la franqueza huyese de nuestro suelo, se volveria á hallar únicamente en una conversacion á solas entre dos bribones.

FABIANO.

Pero es imposible; yo no puedo darte esa firma: ¡diez mil marcos de oro! ¿que diria la Reina? Y luego, yo puedo caer en desgracia mañana; y esta firma en blanco es un salvo conducto para mi, es mi cabeza.

EL HOMBRE.

Y á mi qué me importa.

FABIANO.

Pídeme cualquiera otra cosa.

EL HOMBEE.

Esa es la que quiero y nada mas.

FABIANO.

Judío, dame los papeles de Juana Talbot.

EL HOMBRE.

Milord, la firma en blanco de la Reina.

FABIANO.

Vamos, ¡maldito judío! es preciso ceder. (*Saca un pergamino de su seno.*)

EL HOMBRE.

A ver la firma de la Reina.

FABIANO.

A ver los papeles de Juana Talbot.

EL HOMBRE.

Despues. (*Se acercan al farol. Fabiani puesto detrás del judío le presenta con la mano izquierda el pergamino delante de los ojos; el hombre lo ecsamina.*) «Nos María, Reina...» Está bien. Ya veis, milord, que soy de vuestra escuela; todo lo he calculado, lo he previsto.

FABIANO.

(*Saca un puñal con la mano derecha, y le da una puñalada.*) Menos esto.

EL HOMBRE.

Traidor..... socorro..... (*Cae; al caer arroja detrás de sí hácia lo oscuro un paquete cerrado.*)

FABIANO.

(*Echándose sobre él.*) Creo que le he muerto: con efecto: pronto, veamos esos papeles. (*Le rejistra.*) Pero..... ¡que! nada, nada lleva encima, ningun papel; ¡viejo infame! Mentia, y me engañaba, me robaba. ¡Y por nada le he muerto! asi son todos estos judíos, la mentira y el robo. Pero, vamos, desembaracémonos del cadáver; no puede quedar delante de esta puerta. (*Yendo hácia el fondo.*) A ver si está aun el barquero, que me ayude á arrojarlo al Támesis. (*Baja, y desaparece detrás del paredon.*)

GILBERTO.

(*Entrando por el lado opuesto.*) ¡Me parece que he oido un grito! (*Repara en el cadáver tendido bajo el farol.*) ¡Dios mio! ¡un hombre muerto!.... ¡El mendigo!

EL HOMBRE.

¡Ah!.... venís ya tarde, Gilberto; (*Señala con el dedo el sitio adonde tiró el paquete.*) Recojed ese paquete: son los papeles que prueban que Juana vuestra prometida es la hija y la heredera de lord Talbot. Mi

asesino es lord Clanbrasil, el favorito de la Reina.... ¡ah!.. yo me ahogo... me muero... Gilberto, véngame, y véngate!.... (*Muere.*)

GILBERTO.

¡Ha espirado!... ¿que me vengue?... ¿que quiso decir?... Juana hija de lord Talbot..... lord Clanbrasil..... el favorito de la Reina... ¡oh!... mi cabeza se estravía... (*Sacudiendo el cadáver.*) Habla, habla una palabra sola... Está bien muerto.

Escena VII.

Gilberto y Fabiani.

FABIANI.

(*Volviendo.*) ¿Quien va?

GILBERTO.

Acaban de asesinar á un hombre.

FABIANI.

No; á un judío.

GILBERTO.

¿Y quien le ha muerto?

FABIANI.

¡Pardiez! vos ó yo.

GILBERTO.

¡ Caballero!

FABIANI.

Aqui no hay testigos; un cadáver en tierra, dos hombres á su lado; ¿ cual de los dos es el asesino? nada prueba que sea el uno mas bien que el otro; que sea yo mas bien que vos.

GILBERTO.

¡ Miserable! Vos sois el asesino.

FABIANI.

Y bien, yo soy..... ¿ y qué?

GILBERTO.

Voy á dar aviso á la justicia.

FABIANO.

A ayudarme á echar este cadáver al agua es á lo que vais.

GILBERTO.

Voy á haceros prender y castigar.

FABIANI.

Ayudadme os digo.

GILBERTO.

¡ Que descaro!

FABIANI.

Creedme, buen hombre; borremos de aqui

todo indicio; vos estais mas interesado que yo en ello.

GILBERTO.

Veremos quién puede mas.

FABIANI.

Uno de los dos le ha muerto. Yo soy un gran señor, un noble lord: vos un cualquiera, un villano, un hombre de la plebe. El hidalgo que mata á un judío paga cuatro sueldos de multa; un plebeyo que mata á otro es ahorcado.

GILBERTO.

¿Y os atreveriais?....

FABIANI.

Si me denuncias, os denuncio; se me creerá mas bien que á vos, y en todo caso el juego es desigual. Cuatro sueldos de multa para mi, la horca para vos.

GILBERTO.

¡Ningun testigo! ¡ninguna prueba! ¡oh! yo me confundo; el miserable me tiene cojido, no hay duda.

FABIANI.

¿Os ayudaré yo á echar el cadáver al agua?

GILBERTO.

¡ Ah ! ¡ sois el demonio !....

FABIANI.

Sí..... (*Toman el cuerpo entre los dos, y lo llevan hasta el paredon.*) A fe que ahora, amigo mio, no sé cuál de los dos ha muerto á ese hombre. (*Bajan por detrás del paredon.*) (*Se oye caer el cuerpo al agua.*)

FABIANI.

Ya está hecho. Buenas noches, camarada; andad á vuestros quehaceres. (*Se dirije hácia la casa, y se vuelve viendo que Gilberto le sigue.*) ¿Que es eso? ¿que quereis? ¿algun dinero por el trabajo? en conciencia no os debo nado; pero tomad. (*Le da la bolsa á Gilberto, cuyo primer movimiento es de rehusarla; pero luego la toma, como meditando que puede servirle para sus designios.*) Ahora id con Dios, vamos, ¿que aguardais?

GILBERTO.

Nada.

FABIANI.

Corriente: quedaos ahí si quereis. El fresco de la noche para vos; para mi la linda muchacha. Dios os guarde. (*Se dirije á la puerta de la casa, disponiéndose á abrirla.*)

GILBERTO.

¿Adónde vais de ese modo?

FABIANI.

¡Pardiez! á mi casa.

GILBERTO.

¡Como! ¿á vuestra casa?

FABIANI.

Sí; á mi casa os digo.

GILBERTO.

¿Quien de los dos es el que sueña? hace un instante me deciais que yo era el asesino del judío; ahora, que esa casa es la vuestra.

FABIANI.

O la de mi querida; viene á ser lo mismo.

GILBERTO.

Repetidme lo que acabais de decir.

FABIANI.

Ya que lo quereis saber, amigo mio, os he dicho, y os repito, que esa casa es de una bella muchacha llamada Juana, que es mi *querida*.

GILBERTO.

Y yo, milord, digo que mientes; que eres un impostor, un asesino; que tu madre fue azotada en la plaza pública por el verdugo, y que yo cojeré tu cabeza entre

mis dos manos, y te cortaré esa lengua y esa boca infame.

FABIANI.

Poco á poco. ¿Que diablo de hombre es este?

GILBERTO.

Soy Gilberto el tallista. Juana es mi prometida.

FABIANI.

Y yo soy el caballero Amyas Pawlet. Juana es mi querida.

GILBERTO.

Mientes, te digo: tú eres lord Clanbrasil, el favorito de la Reina. Imbécil, cree que yo lo ignoro.

FABIANI.

Todo el mundo me conoce esta noche. He aqui otro hombre peligroso, y que será necesario deshacerme de él?

GILBERTO.

Dime al momento que has mentido como un infame, y que Juana no es tu querida.

FABIANI.

¿Conoces tú su letra? (*Saca un papel.*) Lee. (*Aparte, interin que Gilberto con un temblor convulsivo desdobla el papel.*) Me importa que entre en su casa, y arme con Juana alguna cuestion, para dar lugar á que lleguen mis jentes.

GILBERTO.

(*Leyendo.*) «Estaré sola esta noche: podeis venir.» ¡Maldicion! Milord, tú has deshonrado á la mujer que yo habia elejido por esposa, eres un infame..... dame una satisfaccion.

FABIANI.

Estoy pronto. ¿Donde está tu espada?

GILBERTO.

¡O rabia! ¡Ser un hombre de la plebe, no tener encima una espada ni un puñal!... ¡nada! Anda, yo te esperaré por la noche á la esquina de una calle, te clavaré mis uñas en tu garganta, y te asesinaré. ¡Miserable!

FABIANI.

Despacio, camarada, sois muy vivo de jenio.

GILBERTO.

¡Oh! Milord, yo me vengaré de ti.

FABIANI.

¡Tú, tú vengarte de mi! ¡tú tan bajo, yo tan alto! eres un loco, te desafío.

GILBERTO.

¿Tú me desafias?

FABIANI.

Sí.

GILBERTO.

Te acordarás bien.

FABIANI.

Es menester que el sol de mañana no salga

para este hombre. (*Alto.*) Amigo, créeme, entra entra en tu casa. No me ha gustado que hayas descubierto esta intriguilla; pero te abandono la hermosa. Mi intencion á la verdad no era de llevar la cosa tan lejos. Entra en tu casa; si no tienes llave, ahí va una: (*Se la arroja á los pies.*) ó si te parece mejor, no tienes mas que dar cuatro golpecitos en esa ventana; Juana creerá que soy yo, y te abrirá. Buenas noches. (*Vase.*)

Escena VIII.

GILBERTO SOLO.

¡Se ha marchado!.... ¡ya no está aqui!.... ¡y yo no le he confundido, no le he pulverizado bajo mis pies! ¡Me he visto precisado á dejarle ir! ¡ni una miserable arma sobre mi! (*Repara en el puñal con que lord Clanbrasil ha muerto al judío; le recoje con ansia y con furor.*) ¡Ah!.... ¡llegas demasiado tarde!.... ¡no podrás matar á nadie probablemente mas que á mi, pero vengas del cielo ó del infierno, es igual; yo te bendigo: ¡ah! ¡Juana me ha hecho traicion, se ha entregado á ese infame! ¡Juana es la heredera de lord Talbot! ¡La he perdido para siempre! ¡oh!

¡Dios mio! ¡he aqui en el espacio de una hora una multitud de acontecimientos horribles que mi cabeza no puede concebir! (*Simon en el fondo.*) ¡Oh! ¡quiero vengarme de este hombre! vengarme de lord Clanbrasil. Pero si voy al palacio de la Reina, los lacayos me echarán de alli á puntapies como á un perro. ¡Oh! ¡estoy loco! ¡mi cabeza se arde! ¡la muerte me es indiferente! pero morir sin vengarme, no. Yo daria toda mi sangre con tal de vengarme. ¿No hay en el mundo quien quiera hacer conmigo este convenio? ¿Quien quiere vengarme de lord Clanbrasil, y tomar en pago mi vida?...

Escena IX.

Gilberto y Simon Renard.

SIMON.

Yo.

GILBERTO.

Tú ¿quien eres?

SIMON.

Soy el hombre que deseas.

GILBERTO.

¿Sabes tú quien yo soy?

SIMON.

Eres el hombre que necesito.

GILBERTO.

Yo no tengo mas que un pensamiento, una sola idea. Vengarme de lord Clanbrasil, y morir.

SIMON.

Te vengarás de él, y morirás.

GILBERTO.

Cualquiera que tú seas, graeias..... gracias.

SIMON.

Sí; lograrás vengarte como deseas, pero no olvides á qué condicion: necesito tu vida.

GILBERTO.

Tómala.

SIMON.

¿Estamos convenidos?

GILBERTO.

Sí.

SIMON.

Sígueme pues.

GILBERTO.

¿Adónde?

SIMON.

Ya lo sabrás.

GILBERTO.

Acuérdate que me has prometido vengarme.

SIMON.

Y que tú me has prometido morir.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

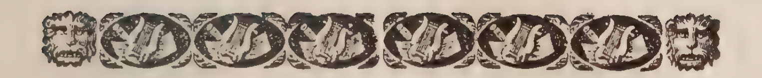
JORNADA SEGUNDA.

La Reina.

Jornada segunda.

PERSONAJES.

La Reina.
Gilberto.
Fabiano Fabiani.
Simon Renard.
Juana.
Señores de la Córte.
El verdugo.



Jornada segunda.

═

Cámara de la Reina: un libro de evanjelios abierto encima de un reclinatorio: la corona Real sobre un taburetillo: puertas á los lados; una grande en el fondo; una parte de él cubierto de una rica tapicería.

Escena I.

La Reina vestida magníficamente, recostada en un ancho y cómodo canapé: Fabiano Fabiani á su lado en una silla de tijera; traje suntuoso y elegante, la jarretiera.

FABIANI.
(Con una guitarra en la mano, y cantando.)

Cuando cantas, dueño hermoso,
El placer de un amor puro,
Veces mil y mil te juro
Fe constante, eterno amor. —
Canta, canta, dueño hermoso,
Quiero oir tu dulce voz.

Adormida entre mis brazos,
Palpitar sentí tu seno,
Y de amor el pecho lleno
Murmurar tu boca «amor.» —
Duerme, y sienta yo en mis brazos
Palpitar tu corazon. (*Cesa de cantar.*)

¡Ah, señora! no me es posible espresar cuánto os amo..... pero tanto como os amo á vos, aborrezco á ese Simon Renard, tan poderoso, tan altivo, que se atreve á mandar aqui mas que vos.

REINA.

Ya sabeis que respecto á ese asunto, nada puedo hacer, milord: es el que representa aqui al príncipe de España, mi marido futuro.

FABIANI.

¡Vuestro marido futuro!

REINA.

Vamos, milord, no hablemos de eso. Yo os amo, ¿que mas quereis? advertid ademas, que ya es hora de que os vayais.

FABIANI.

María, todavía un momento.

REINA.

Es ya la hora en que el consejo privado debe reunirse; y si hasta ahora no ha habido aqui mas que una mujer, es preciso ya dejar entrar á la Reina.

FABIANI.

Pues bien, yo quiero que esa mujer haga esperar á la puerta á la Reina.

REINA.

¿Vos lo quereis? ¿lo deseais? miradme bien, milord. Fabiano, ¡que cabeza tan bella tienes, tan encantadora!

FABIANI.

Vos, vos sois la hermosa, señora; vos, que no tendriais necesidad sino de vuestra hermosura para poderlo todo. En vuestra figura hay ciertamente alguna cosa que indica desde luego que sois la Reina; pero esto se halla mejor escrito en vuestra frente que en vuestra corona.

REINA.

¡Como me adulais!

FABIANI.

Yo te amo, María.

REINA.

¿Me amas? ¿es verdad? ¿á nadie amas sino á mí? vuélvemelo á decir otra vez de aquel modo, con aquellos ojos..... ¡ah! nosotras las mujeres, por desgracia, no sabemos nunca de cierto lo que pasa en el corazon de un hombre: estamos obligadas á creer á vuestros ojos; y los mas bellos, Fabiano, son á veces los mas engañadores. Pero en los tuyos, milord, hay tanta lealtad, tanto candor, tanta buena fe, que no pueden mentir, ¿no es verdad? Sí, tu mirada es como la de un ánjel, sencilla y pura, mi bello paje. ¡Oh! tomar la apariencia de unos ojos celestiales para engañar, sería cosa infernal, ó son tus ojos los de un ángel ó los de un demonio.

FABIANI.

Ni uno ni otro, son los de un hombre que os ama.

REINA.

Que ama á la Reina.

FABIANI.

No, que ama á María.

REINA.

Escucha, Fabiano: yo te amo tambien, sí, te amo; pero eres jóven, y hay muchas

mujeres hermosas que te miran con ternura; yo lo sé, y por último una Reina cansa como otra cualquiera. No me interrumpas. Si alguna vez te llegas á enamorar de otra mujer, quiero que me lo digas. En este caso puede tal vez que te perdonára. Déjame acabar. Tú no sabes hasta qué estremo te amo; y ni aun yo misma lo sé. Hay momentos, te lo aseguro, en que quisiera mas verte muerto, que feliz en brazos de otra; pero hay otros en que quisiera, á pesar de todo, verte dichoso. ¡Dios mio! yo no sé por qué tratan de hacerme pasar en la opinion de todos por una mujer malvada.

FABIANI.

Yo no puedo ser dichoso sino contigo, María; sola á tí amo.

REINA.

¿De veras? mírame otra vez. ¿De veras? ¡Ah! yo estoy celosa por instantes; me figuro (y qué mujer no tiene estas ideas), me figuro algunas veces que me engañas. Quisiera ser invisible y poderte seguir por todas portes, y saber siempre lo que haces, lo que díces, en dónde estás. Mira, en los cuentos de las hadas nos hablan de una sortija que hacia invisibles; yo daria

por esta sortija mi corona Real. A cada instante me imajino que vas á ver las jóvenes hermosas que hay en la ciudad, que estás á su lado..... ¡ah! ya ves que seria indigno el engañarme.

FABIANI.

Pero desechad de vuestra imajinacion esas ideas: ¡engañaros yo, mi señora, mi Reina, mi querida! Preciso es que fuera para esto el mas ingrato, el mas vil de todos los hombres. Pero yo no os he dado motivo para creer que fuere yo este hombre. ¡María, yo te amo! ¡María, yo te adoro! yo no podré nunca ni aun mirar siquiera otra mnjer que á tí. Repito que te amo; ¿que no ves este amor en mis ojos? ¡Oh, Dios mio! hay en ellos sin embargo un acento de verdad que deberia persuadirte. Vamos, mírame bien; ¿tengo yo el aire de un hombre que te hiciera traicion? Cuando un hombre se la hace á una mujer, en seguida se le conoce; las mujeres no se engañan en esto; ¡y que momento escojes, María, para decirme esas cosas! ¡el momento acaso en que yo te amaré mas en mi vida! Efectivamente, me parece que jamás te he amado tanto como hoy. Yo no hablo aqui á la Reina. ¡Pardiez! yo me burlo de su poder. ¿Que pu-

diera hacerme la Reina? ¿mandarme cortar la cabeza? y ¿que es esto para mí? Tú, María, tú puedes partirme el corazon: no es á V. M. á quien amo, es á tí, María; tu blanca y hermosa mano es la que beso, la que adoro; pero no vuestro cetro, señora.

REINA.

Gracias, mi Fabiano. Adios. ¡Que jóven, milord, qué hermosos cabellos negros, y qué bella cabeza! ¡Dios mio!... Volved de aqui á una hora.

FABIANI.

Lo que vos llamais una hora, yo la llamo un siglo. (*Vase.*) (*Asi que ha salido la Reina, se levanta con precipitacion, va á una puerta secreta, la abre, é introduce á Simon Renard.*)

Escena II.

La Reina y Simon Renard.

REINA.

Entrad, señor Bailío. Y bien, ¿habeis estado ahí? ¿le habeis oido?

SIMON.

Sí señora.

REINA.

¡Oh! es el mas embustero, el mas falso de todos los hombres. ¿Que me decís?

SIMON.

Digo, señora, que se conoce muy bien que tiene un apellido que acaba en i.

REINA.

¿Y estais vos seguro que va de noche á casa de esa mujer? ¿le habeis visto?

SIMON.

Yo, Chandos, Clinton, Montagú, diez testigos le han visto.

REINA.

¡Esto verdaderamente es infame!

SIMON.

La cosa ademas puede probarse mejor en el momento. La muchacha está aqui, como ya dije á V. M. La he hecho prender esta noche en su casa.

REINA.

Pero es que el crímen de ese hombre no es bastante para hacerle cortar la cabeza.

SIMON.

No, efectivamente. Haber estado por la noche en casa de una linda muchacha..... V. M. hizo juzgar á Trogmorton por un hecho semejante, y fue absuelto.

REINA.

Pero yo he castigado á sus jueces.

SIMON.

Temed no tengais que hacer otro tanto con los de Fabiani.

REINA.

¡Oh! ¡como vengarme de este traidor!

SIMON.

¿V. M. no quiere vengarse sino de cierto modo?

REINA.

Del solo que sea digno de mí.

SIMON.

Trogmorton ha sido absuelto, señora. No hay sino un medio, que es el que he dicho á V. M. El hombre está allí.

REINA.

¿Y hará todo lo que yo quiera?

SIMON.

Sí, como hagais vos lo que él desea.

REINA.

¿Dará su vida?

SIMON.

Pondrá sus condiciones, pero la dará.

REINA.

¿Que es lo que quiere? ¿sabeis?

SIMON.

Lo que vos quereis, vengarse.

REINA.

Decidle que entre, y quedaos por ahí adonde oigais su voz..... Señor Bailío.

SIMON.

Señora.....

REINA.

Decid á milord Chandos que esté pronto ahí en esa cámara inmediata con seis hombres de mi guardia, atentos á la primera señal. La mujer tambien que esté pronta, salid. (*Vase Simon.*) ¡Oh! esto será terrible. (*Abrese una de las puertas laterales, y entran Gilberto y Simon Renard.*)

Escena III.

La Reina, Gilberto y Simon Renard.

GILBERTO.

¿Dónde estoy?

REINA.

Delante de la Reina.

GILBERTO.

¡La Reina!....

REINA.

Sí, yo soy la Reina: pero no estamos para gastar el tiempo en admiraciones. Vos os llamais Gilberto, sois un trabajador, un tallista; vivís á la otra parte del rio con una tal Juana, que es vuestra prometida; que os engaña, y que tiene por amante á un tal Fabiani, que me engaña á mi. Quereis vengaros, y yo tambien; para ello necesito disponer á mi antojo de vuestra vida; necesito que digais lo que yo os mandaré decir, sea lo que quiera; necesito que no haya para vos falso ni verdadero, malo ni bueno, justo ni injusto, nada, sino mi venganza y mi voluntad; necesito que vos me dejeis hacer, y que os dejeis gobernar. ¿Consentís en ello?

GILBERTO.

Señora.....

REINA.

La venganza la tendrás. Pero te prevengo que es preciso que mueras. He aqui todo: ahora dí las condiciones; si tienes una madre anciana que sea necesario colmar su mesa con barras de oro, habla, yo lo haré. Véndeme tu vida tan cara como quieras.

GILBERTO.

Señora..... yo no estoy ya decidido á morir.

REINA.

¡Como!

GILBERTO.

Perdone V. M. He reflecsionado toda la noche: nada se me ha probado aun en este asunto. Yo he visto un hombre que se alababa de ser el amante de Juana; ¿quien me dice que no ha mentido? he visto una llave; ¿quien me dice que no pueda ser robada? he visto una carta; ¿quien me dice que no se ha hecho escribir por fuerza? Por otra parte yo no estoy cierto si aquella era su letra: era de noche, estaba tan turbado..... yo no veía ya: no puedo dar asi mi vida; no estoy seguro de nada; no he visto á Juana.

REINA.

Bien se conoce que amas de veras. Tú eres como yo, resistes todas las pruebas. Y si tú vieses á esa Juana, si la oyeses confesar el crímen, ¿harias lo que yo quiero?

GILBERTO.

Sí; pero con una condicion.

REINA.

Luego me la dirás. (*A Simon.*) Al momento que venga aqui esa mujer. (*Vase Simon.*) Ocúltate ahí tú. (*A Gilberto que lo hace detrás de un tapiz.*) (*Juana entra pálida y temblando.*)

Escena IV.

La Reina, Juana, y Gilberto detrás del tapiz.

REINA.

Acércate, jóven, ¿sabes quiénes somos?

JUANA.

Sí señora.

REINA.

¿Sabes quién es el hombre que te ha seducido?

JUANA.

Sí señora.

REINA.

¿Te habia engañado? ¿te habia hecho creer que era un hidalgo llamado Amyas Pawlett?

JUANA.

Sí señora.

REINA.

¿Sabes ahora que es Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil?

JUANA.

Sí señora.

REINA.

Esta noche cuando fueron á prenderte á tu casa, ¿le habias dado una cita? ¿le esperabas?

JUANA.

¡Dios mio! Señora.....

REINA.

Responde.

JUANA.

(*Con voz débil.*) Si.....

REINA.

¿Y sabes que no hay esperanza para él ni para ti?

JUANA.

La muerte es la única que me resta.

REINA.

Cuéntame toda la aventura. ¿Donde viste por la primera vez á ese hombre?

JUANA.

La primera vez que le ví, fue..... ¿pero á qué viene todo esto? Una desdichada mujer, pobre y orgullosa, loca, coqueta, sin pensar mas que en adornos y en lucir; que se deja deslumbrar por la bella figura de un gran señor. He aqui todo. Yo estoy seducida, deshonrada, estoy perdida..... nada mas tengo que añadir. ¡Dios mio! ¿no veis que cada palabra que digo me atraviesa el corazon, señora?

REINA.

Está bien.

JUANA.

¡Oh! vuestra cólera es terrible, lo se; inclino mi cabeza desde ahora al castigo que la prepareis.

REINA.

¡Yo! ¡un castigo para ti! ¿Me ocupo yo de ti acaso, insensata? No, Fabiani es mi objeto: en cuantó á ti, mujer, otro que yo se encargará de castigarte.

JUANA.

Pues bien, señora, cualquiera que sea á quien encargueis mi castigo, cualquiera que sea este, yo lo sufriré sin quejarme, daré aun gracias si teneis la bondad de concederme lo que voy á pediros. Ecsiste un hombre que me recogió huérfana desde la cuna, que me adoptó, me ha criado, me ha alimentado, que me ha amado y me ama todavía; un hombre de quien yo soy bien indigna, para quien he sido muy criminal, y cuya imájen es por lo tanto en el fondo de mi alma, augusta, querida, sagrada como la de Dios; un hombre, que sin duda en el instante que os hablo, halla su casa desierta, abandonada, devastada; no comprende cosa alguna, y se arranca los cabellos de desesperacion. Pues bien, lo que pido á V. M. es, que él no llegue á entender nunca nada de cuanto ha sucedido; esto es, que desaparezca yo sin que él sepa jamas lo que ha sido de mi, ni lo que yo he hecho, ni lo que vos hagais de mi. ¡Dios mio! yo no sé si me hago entender bien; pero debeis haber conocido que tengo un amigo, un noble y jeneroso amigo..... ¡pobre Gilberto! sí, un amigo que me estima, que me cree pura, y que yo no quiero que me aborrezca, que me desprecie..... ¿me entendeis? ¿no es

verdad, señora? La estimacion de este hombre es para mi mas que la vida; y luego esto le causaria un pesar horrible. ¡Cuanto le sorprenderia! al pronto no podria creerlo; no, no lo creeria. ¡Dios mio! ¡Pobre Gilberto! ¡Ah, señora! ¡tened piedad de él y de mi! ¡El no os ha ofendido en nada! ¡Que no sepa nunca nada de esto, en el nombre del cielo! ¡En el nombre del cielo! que no sepa que soy culpable; se mataria. Que no sepa que he muerto, porque entonces moriria de dolor.

REINA.

El hombre de que hablais está alli; os escucha, os juzga, y va á castigaros. (*Sale Gilberto.*)

JUANA.

¡Cielos! ¡Gilberto!....

GILBERTO.

Mi vida es vuestra, señora.

REINA.

Bien; ¿teneis algunas condiciones que proponerme?

GILBERTO.

Sí señora.

REINA.

¿Cuales son? os damos nuestra palabra Real de suscribir á ellas desde luego.

GILBERTO.

Esta sola, señora. Es bien sencilla. Es una deuda de reconocimiento que trato de desquitar, respecto de un señor de vuestra córte que me ha hecho trabajar mucho en mi oficio de tallista.

REINA.

Hablad.

GILBERTO.

Este jóven caballero está enlazado secretamente con una mujer que no puede ser esposa suya, porque ella es de una familia proscripta. Esta mujer, que hasta el presente ha vivido ignorada, es la hija única y heredera del último lord Talbot, decapitado por Henrique VIII.

REINA.

¡Como! ¿estás cierto de lo que dices? Juan Talbot, el bueno y católico lord, el leal defensor de mi madre de Aragon ¿ha dejado una hija? Por mi corona, si eso es cierto, esa hija lo es mia; y lo que Juan Talbot hizo por la madre de María de Inglaterra, María de Inglaterra lo hará por la hija de Juan Talbot.

GILBERTO.

¿Entonces será sin duda un placer para

V. M. devolver á la hija los bienes de su padre?

REINA.

Sí, ciertamente; y el quitárselos á Fabiano: ¿pero ecsisten las pruebas de que esa heredera vive aun?

GILBERTO.

Ecsisten, señora.

REINA.

Aunque asi no fuese, si no tenemos pruebas las haremos; para algo somos Reina.

GILBERTO.

¿V. M. devolverá á la hija de lord Talbot los bienes, los títulos, el rango, los honores, y el nombre que la corresponden? ¿La relevará V. M. de toda proscripcion, y le garantizará la vida? ¿La casará V. M. con este jóven caballero, que es el solo que puede ser esposo suyo? Con estas condiciones, señora, podeis disponer á vuestro agrado de mi libertad, de mi vida, de mi voluntad.

REINA.

Bien, haré todo eso.

GILBERTO.

¿Cumplirá V. M. lo que acabo de decir? ¿La Reina de Inglaterra me lo jura á mi,

al tallista Gilberto, y lo jura sobre su corona que está ahí, y sobre el evanjelio que está abierto allí?

REINA.

Sobre mi corona y sobre el evanjelio te lo juro.

GILBERTO.

Está concluido el pacto, señora: haced preparar una tumba para mi, y un lecho nupcial para los esposos. El señor de quien os he hablado es Fabiani, conde de Clanbrasil. La heredera de Talbot vedla aqui.

JUANA.

¿Que es lo que dices?

REINA.

¿Estais loco? ¿que significa esto? ¡Maese!.... reparad que es demasiado atrevimiento querer burlarse de la Reina de Inglaterra; que los réjios salones son sitios donde es menester tener cuenta con lo que se dice, y que hay ocasiones en que la boca hace derribar la cabeza.

GILBERTO.

La mia es vuestra, señora; pero yo tengo tambien vuestro juramento.

REINA.

No puede ser que hableis de veras..... ¡Fabiano! Esa Juana..... vamos, imposible.

GILBERTO.

Esta Juana es la heredera de lord Talbot.

REINA.

¡Bah! no puede ser; es una quimera, una locura; ¿donde teneis las pruebas?

GILBERTO.

Aqui estan (*Saca un paquete.*) ¿quereis leer estos papeles?

REINA.

¿Tengo yo ahora tiempo para eso? ¿os los he pedido yo? ¿que me importan á mi esos papeles? (*Gilberto los deja sobre la mesa.*) Por mi vida si ellos prueban algo, los arrojaré al fuego, y no quedará de ellos nada.

GILBERTO.

¿Y vuestro juramento, señora?

REINA.

¡Mi juramento!.....

GILBERTO.

¡Sobre la corona y sobre el evanjelio! es

decir, sobre vuestra vida y vuestra alma; vuestra vida en este mundo y en el otro.

REINA.

Pero ¿que es lo que quieres? tú estás loco sin duda.

GILBERTO.

¿Que quiero, decís? Juana ha perdido su rango, ha perdido su honor, restituírselo. Proclamad la hija de lord Talbot, esposa de lord Clanbrasil, y luego tomad mi vida.

REINA.

¡Tu vida! pero ¿que quieres que haga yo ahora de ella? ¡Yo no la queria sino para vengarme de un hombre, de ese Fabiano! Tú no me comprendes, ni yo á ti. ¡Hablas de venganza! ¿Es asi como te vengas? ¡Que estúpidas son estas jentes villanas! Y luego, ¿creo yo acaso esa historia de tu heredera de lord Talbot? ¡Los papeles! ¡me enseñas los papeles! yo no quiero verlos: ¡ah! ¡te engaña una mujer, te hace traicion, y quieres ser jeneroso á tu modo! yo no quiero ser asi. El odio, la rabia despedazan mi corazon. Yo quiero vengarme, y tú me ayudarás, sí..... ¡pero este hombre es un loco, es loco, es un insensato! ¡Dios mio! ¿por que tengo necesidad de él? ¡ah! es insu-

frible tener que tratar con semejantes jentes un asunto de importancia.

GILBERTO.

Tengo vuestra palabra de Reina. Juana ha sido seducida por lord Clanbrasil, y se casará con ella.

REINA.

¿Y si él lo rehusa?

GILBERTO.

Vos la obligareis, señora.

REINA.

¡Oh! no, Gilberto, ten piedad de mi.

GILBERTO.

Pues bien; si ese infame lo rehusa, V. M. hará de él y de mi lo que la agrade.

REINA.

¡Ah! bien.

GILBERTO.

Si llega este caso, con tal que la corona de condesa de Waterford sea solemnemente repuesta por la Reina de Inglaterra en la cabeza sagrada é inviolable de Juana Talbot, que veis aqui, yo haré todo lo que la Reina mandáre.

REINA.

¿Todo? ¿dirás tú lo que será menester que digas? ¿Morirás del modo que fuere preciso que mueras?

GILBERTO.

Como querais.

JUANA.

¡O Dios!

REINA.

¿Lo juras?

GILBERTO.

Lo juro.

REINA.

De este modo todo puede componerse. Yo tengo tu palabra, tú la mia. Está dicho. (*Reflecsionando.*) Vos sois aqui de mas. (*A Juana.*) Ya se os llamará.

JUANA.

¡Gilberto! ¿que habeis hecho? Yo soy una mujer despreciable; no me atrevo á levantar ante vos los ojos. ¡Ah! sois mas que un ánjel, porque teneis todas las virtudes de un ánjel y las pasiones de un hombre. (*Vase.*)

Escena V.

La Reina, Gilberto, luego Simon Renard, lord Chandos, y guardias.

REINA.

¿Tienes ahí alguna arma, algun cuchillo, un puñal, cualquier cosa?

GILBERTO.

(*Sacando de su pecho el puñal de Fabiani.*) ¿Un puñal?... Sí señora.

REINA.

Bien; tenle en la mano. (*Le coje fuertemente el brazo.*) ¡Señor bailío d'Amon! ¡lord Chandos! (*Entran precipitadamente, y guardias.*) Asegurad á este hombre; ha levantado su puñal sobre mi; he podido detenerle el brazo en el momento que iba á herirme. Es un asesino.

GILBERTO.

¡Señora!...

REINA.

(*Aparte.*) ¿Olvidas ya nuestro convenio? ¿es asi como te dejas gobernar? (*Alto.*) Vos sois testigos, señores, que aun tenia

el puñal en la mano. Señor bailío ¿quién es el verdugo de la torre de Lóndres?

SIMON.

Un irlandes llamado Mac Dermotti.

REINA.

Que venga; tengo que hablarle.

SIMON.

¡Vos misma!... ¡La Reina hablar al verdugo!

REINA.

Sí, yo misma; la Reina hablará al verdugo, la cabeza á la mano; obedeced. (*Sale un guardia.*) Milord Chandos y vos, señores, me respondereis de este hombre. Custodiadle ahí entre filas, detrás de vosotros. Van á suceder aqui cosas que es preciso que él vea. Señor bailío d'Amont, ¿está lord Clanbrasil en palacio?

SIMON.

Ahí en la cámara pintada está aguardando que V. M. tenga el placer de verle.

REINA.

¿Nada sospecha?

SIMON.

Nada.

REINA.

Que entre.

SIMON.

Toda la córte está alli tambien: ¿no entrará nadie antes que él?

REINA.

¿Quienes son de nuestros cortesanos los que le aborrecen mas?

SIMON.

Todos, señora.

REINA.

¿Los que le odian mas?

SIMON.

Clinton, Montagú, Sommerset, el conde de Derby, Gerard Fitz Gerard, lord Paget, y el lord canciller.

REINA.

Pues que entren todos esos, escepto el canciller; andad. (*A Chandos.*) El lord canciller (*A Simon.*) aunque es un digno prelado, y no aborrece á Fabiani menos que los demas, es algo escrupuloso. (*Reparando en los papeles que dejó Gilberto sobre la mesa.*) ¡Ah! es preciso antes dar una ojeada á estos papeles. (*Mientras los ecsamina, se abre la puerta del fondo,*

y van entrando los señores designados por la Reina.

Escena VI.

Los mismos, lord Clinton y demas señores.

REINA.

Buenos dias, señores. Milores, Dios os tenga en su santa guarda. (*A Montagú.*) Anthonny Brown, no olvido nunca que vos hicisteis frente á Juan de Montmorency y al señor de Toulouse en mis complicadas y difíciles negociaciones con el Emperador mi tio. Lord Paget, hoy recibireis los títulos de baron de Paget de Beaudesert en Sttaford... ¡Como! ¡estais aqui, lord Clinton, mi antiguo amigo! Nos somos siempre vuestra buena amiga, milord. ¿Y cómo no serlo, cuando vos fuisteis el que en la llanura de Saint James esterminasteis al rebelde Tomas Wyat? De todo nos acordamos, señores; aquel dia la corona de Inglaterra se salvó por un puente que permitió á mis tropas llegar hasta los rebeldes, y por un muro que impidió á los rebeldes llegar hasta mi. El puente es el de Lóndres: el muro lord Clinton.

CLINTON.

(*Aparte, á Simon.*) ¡Seis meses ha que la Reina no me habia hablado! ¡que amable está hoy!

SIMON.

Despacio, milord; aun la vereis mas de aqui á poco.

REINA.

Milord Clanbrasil puede entrar. (*A Chandos.*) Despues de algunos momentos que esté aqui..... (*Señalando la puerta por donde entró Juana, á Simon Renard.*

SIMON.

Entiendo, señora. (*Entra Fabiani.*)

Escena VII.

Los mismos, y Fabiani.

REINA.

¡Ah! ya está aqui. (*Se pone á hablar en voz baja con Simon Renard.*)

FABIANI.

(*Aparte, saludado por todos y mirando al rededor.*) ¿Que quiere decir esto? Esta mañana no hay aqui mas que enemigos

mios. La Reina habla en voz baja á Simon Renard: ¡que diablo! ¡se rie! ¡mala señal!

REINA.

(*Jocosamente á Fabiani.*) Dios os guarde, milord.

FABIANI.

(*Tomando su mano, y besándola.*) ¡Señora!.... (*Aparte.*) se ha sonreido; no hay ningun riesgo.

REINA.

Tengo que hablaros. (*Siempre jovial. Le trae á la escena.*

FABIANI.

Y yo tambien, señora, tengo que haceros reconvenciones. ¡Alejarme, desterrarme por tanto tiempo de vuestra presencia! ¡ah! ¡no seria asi si durante estas horas de ausencia pensaseis en mi como yo en vos!

REINA.

Sois injusto, milord; desde que me dejasteis, no he pensado sino en vos.

FABIANI.

¿De veras? ¿tendria tanta dicha? ¡ah! repetídmelo otra vez.

REINA.

Os lo juro. (*Con sonrisa irónica.*)

FABIANI.

¿Con que me amais tanto como yo á vos?

REINA.

Sí, milord: os aseguro que no he pensado mas que en vos: lo creereis al ver la agradable sorpresa que he querido proporcionaros.

FABIANI.

¡Como! ¿que sorpresa?

REINA.

Un encuentro que os causará placer.

FABIANI.

¿De quien?

REINA.

Adivinadlo. ¿No lo acertais? volved la cabeza.

FABIANI.

(*Se vuelve, y se ve á Juana en el umbral de la puerta.*) ¡Juana!... (*Con sorpresa.*)

JUANA.

¡Es él!... ¡Dios mio! (*Aparte.*)

REINA.

Milord, ¿conoceis á esa jóven?

FABIANI.

No señora.

REINA.

Y tú, muchacha, ¿conoces á milord?

JUANA.

La verdad antes que la vida. Sí señora.

REINA.

Con que, milord, ¿no conoceis á esa mujer?

FABIANI.

Señora..... quieren perderme, estoy rodeado de enemigos; esa mujer está coligada con ellos. Yo no la conozco, señora; no sé quién es.

REINA.

(*Levantándose, y dándole en la cara con su guante.*) ¡Ah! ¡eres un malvado! ¡Haces traicion á la una, y reniegas de la otra! ¡ah! ¿no sabes quién es? ¿quieres que yo te lo diga? ¿yo? Bien. Esa mujer es Juana Talbot, hija de Juan Talbot, el bueno y católico hidalgo, muerto en el cadalso por mi madre. Es mi prima Juana Talbot, condesa de Sherwsbury, condesa de Waterford, condesa de Wexford, paresa de Inglaterra. He aqui quién es esa muger... Lord Paget, sois comisario del sello priva-

do, tened cuenta de nuestras palabras. La Reina de Inglaterra reconoce solemnemente á esta jóven por Juana, hija y única heredera del conde de Waterford. (*Mostrando los papeles.*) He aqui los títulos y las pruebas que hareis autorizar con nuestro gran sello. Asi es nuestra voluntad. (*A Fabiani.*) Sí, condesa de Waterford; tú le devolverás sus bienes, ¡miserable!... ¡ah! ¿no conoces á esta mujer? ¿no sabes quién es? pues bien, yo te lo diré, yo. Es Juana Talbot.... ¿quieres aun que te diga mas? (*En voz baja, con furor reconcentrado.*) ¡infame!... es tu querida.

FABIANI.

Señora....

REINA.

Sí, eso es ella: ahora, he aqui lo que tú eres. Tú eres un hombre sin alma, sin corazon, sin talento: eres un embustero, miserable; eres.... Por Dios, señores, no teneis necesidad de apartaros. Me es indiferente que oigais lo que voy á decir á este hombre, y me parece que no bajo la voz. Fabiani, eres un hombre ruin y despreciable, un traidor para conmigo, un infame para con ella, un embustero, un impostor el mas vil, el último de los hombres. Sí, esto es asi verdad; yo te he he-

cho conde de Clanbrrsil, baron de Dinasmonddy, ¿que mas? baron de Darmouth en Devonshire. ¡Ah! yo estaba loca, señores, y os pido perdon de haberos puesto en el caso de rozaros con este hombre. ¡Tú caballero, tú hidalgo, tú noble! ¡Bah! Compárate un momento con esos que tienes ahí, infame: mira, ahí tienes caballeros en derredor tuyo. Ve ahí á Bridges, baron de Chandos, á Seymour, duque de Sommerset: ve ahí los Stanley, que son condes de Derby desde el año de 1485: los Clinton, barones de Clinton desde 1298: ¿te imajinas parecerte á ellos? Dices que estás enlazado con la familia española de Peñalver, pero es mentira; tú no eres mas que un miserable italiano... nada, menos que nada... hijo de un mediero de la aldea de Larino... Sí señores, hijo de un mediero: yo lo sabia, y no lo decia, y lo ocultaba y aparentaba creer á este hombre cuando hablaba de su nobleza, porque ved aqui lo que somos las mujeres. ¡Oh! ¡Dios mio! yo quisiera que todas estuviesen aqui, que me oyeran, y esta seria una leccion para ellas. ¡Este miserable, este malvado! engaña á la una, y desconoce á la otra; ¡infame! Sí, eres un infame... ¡como! ¡desde que estoy hablando no se ha hincado todavía de rodi-

llas! De rodillas Fabiani: milores, haced por fuerza que se ponga de rodillas.

FABIANI.

Vuestra Magestad...

REINA.

Silencio: este hombre vil y despreciable que yo he colmado de beneficios; este lacayo napolitano que yo he hecho gran caballero y conde libre de Inglaterra, ¡ah! ya debia yo esperar lo que me sucede; bien me lo habian dicho, pero yo soy siempre asi, me obstino, y luego veo que he hecho mal. Esta es mi falta, señores. ¡Italiano! quiere decir embustero. ¡Napolitano! quiere decir malvado: siempre que mi padre se fió de un italiano, tuvo que arrepentirse. ¿Ves tú, lady Juana, á qué hombre te habias entregado? ¡pobre criatura! Pero yo te vengaré. ¡Ah! ya debia yo saber hace tiempo que del seno de un italiano no podia sacarse mas que un puñal, y de su alma una traicion.

FABIANI.

Señora, yo os juro....

REINA.

¡Ahora va á ser perjuro! será vil hasta lo

último: nos hará sonrojar del todo delante de estos hombres, porque hemos tenido la debilidad de amarle. No levantará la cabeza tan solo.

FABIANI.

Sí señora, la levantaré. Sé que estoy perdido, lo veo; está decidida mi muerte; vos emplareis todos los medios, el puñal, el veneno...

REINA.

(*Cogiéndole las manos, y atrayéndole con viveza á la escena.*) ¿El puñal? ¿el veneno? ¿que estás diciendo, italiano? ¿La venganza traidora, baja, vergonzosa, por detrás como en tu pais? No, signor Fabiani: ni puñal, ni veneno. ¿Tengo yo que esconderme, que buscar por la noche la esquina de una calle, y hacerme pequeña cuando me vengo? no; ¡por Dios! yo quiero la luz, la claridad del dia; ¿lo entiendes, milord? El mediodía, el sol brillante, la plaza pública, la hacha y el tajo: la multitud en la calle, en las ventanas, en los tejados, ¡cien mil testigos! quiero que imponga miedo tu castigo; que todos lo encuentren grande, espantoso ó magnífico, y que se diga, es una mujer la ultrajada, pero es una Reina la que se venga. Este favorito tan envidiado;

este bello jóven insolente que yo he cubierto de terciopelo y de raso, quiero verle encorvado, despavorido, temblando, de rodillas, con los pies desnudos, las manos atadas, silbado por el pueblo, maniatado por el verdugo. En ese cuello blanco donde yo habia colgado un collar de oro, quiero poner una cuerda. He visto el efecto que hacia ese Fabiani sobre el trono, quiero ver ahora el que hace sobre el cadalso.

FABIANI.

Señora....

REINA.

Silencio ¡ah! silencio. Sí, estás perdido, no hay duda; subirás al cadalso como Suffolk y Northumberland. Es una fiesta como otra cualquiera que yo daré á mi buena ciudad de Lóndres. Ya sabes cuánto te aborrecen. ¡Por Dios, que es cosa hermosa cuando tiene una necesidad de vengarse, ser María, Reina de Inglaterra, hija de Henrique VIII, y dueña de los cuatro mares! Y cuando tú, Fabiani, estés sobre el cadalso, puedes, segun te acomode, hacer una arenga al pueblo como Northumberland, ó una larga súplica á Dios como Suffolk, para dar tiempo á que venga el perdon: el cielo me es testigo de que eres un traidor, y que el perdon no

llegará. ¡Ese miserable embustero que esta mañana aun me hablaba de amor y me tuteaba! Pardiez, señores, creo que os admira oirme hablar asi delante de vosotros; pero os lo repito, nada me importa, en este momento no soy Reina, tan solo soy una mujer, y tengo celos. (*A Sommerset.*) Milord duque, como condestable que sois de la torre, pedid la espada á ese hombre.

FABIANI.

Ahí la teneis, pero protesto; y aun admitiendo que se pruebe que yo he seducido ó engañado á una mujer...

REINA.

¡Eh! ¿que me importa á mi que hayas seducido ó engañado á una mujer? ¿me ocupo yo ahora de eso? Estos señores me son testigos de que me es indiferente.

FABIANI.

Seducir á una mujer no es un crímen capital, señora. Vuestra Magestad no pudo hacer condenar á Trogmorton por una acusacion semejante.

REINA.

¡Y aun creo que se atreve á desafiarnos! El gusano se ha convertido en serpiente.

¿Quien te dice que es de eso de lo que yo te acuso?

FABIANI.

¿Entonces de que? Yo no soy ingles; no soy súbdito de V. M. Lo soy del Rey de Nápoles, y vasallo del Santo Padre. Yo queriré á su legado el Emmo. Cardenal Polus, y me reclamará: yo me defenderé, señora; soy estranjero, y no se me puede formar causa sin haber cometido un crímen, un verdadero crímen. ¿Cual es el mio?

REINA.

¿Y lo preguntas tú?

FABIANI.

Si señora.

REINA.

Ya oís todos la pregunta que se me hace, voy á contestar. Atended, y tened cuenta con vosotros todos, porque vais á ver que no tengo mas que herir con el pie en tierra, para que luego brote un cadalso. Chandos, Chandos, abrid esa puerta grande que entre toda la córte, todo el mundo, que entren todos. (*Se abre, y entran.*)

Escena VIII.

Los mismos, lord Canciller y toda la córte.

REINA.

Entrad, milores, entrad. Tengo por cierto mucho gusto en veros hoy á todos. Bien, bien: los ministros de justicia por aqui, mas cerca: ¿donde están los sarjentos de armas de la cámara de los lores? ¡ah! ¿están ahí? bien venidos, señores: sacad las espadas, y colocaos á derecha é izquierda de ese hombre: su custodia os está confiada.

FABIANI.

Señora, ¿cual es mi crímen?

REINA.

Milord Gardiner, mi sabio amigo, vos que sois canciller de Inglaterra, os hacemos saber que debeis reunir de oficio á los doce lores comisarios de la cámara estrellada, que sentimos no ver aqui. Pasan cosas estrañas en este palacio. Escuchad, milores; madama Isabel ha suscitado ya mas de un enemigo á nuestra corona: dígalo el complot de Pietro Caro que produjo el movimiento de Exeter, y que te-

nia correspondencia secreta con madama Isabel por medio de una cifra grabada en una guitarra: dígalo tambien la traicion de Tomas Wyat que sublevó el condado de Kent; la rebelion del duque de Suffolk, que fue preso en el hueco de un árbol despues de la derrota de los suyos. Pues bien, escuchad otro nuevo atentado. Escuchad todos. Hoy mismo, esta mañana, se ha presentado á mi audiencia un hombre: despues de algunas palabras, ha levantado un puñal sobre mi; he podido detener su brazo á tiempo, y lord Chandos y el Sr. bailío d'Amont han preso á ese hombre, que ha declarado haber sido impelido á este crímen por el lord Clanbrasil.

FABIANI.

¡Por mi! eso es falso. ¡Ah! esto es horroroso, es una impostura: ese hombre no ecsiste, no se le podria hallar; ¿quien es? ¿donde está?

REINA.

Aqui.

GILBERTO.

(Saliendo de entre los soldados.) Yo soy.

REINA.

En consecuencia de las declaraciones de este hombre, Nos María, Reina de Inglaterra,

acusamos ante la cámara estrellada á este hombre, á ese Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, de crímen de alta traicion, y de atentado de rejicidio contra nuestra persona Real y sagrada.

FABIANI.

¡Yo rejicida! eso es monstruoso: ¡se estravía mi cabeza, mi vista se turba! ¿que lazo es este? Cualquiera que tú seas, miserable, ¿te atreves á afirmar que lo que la Reina ha dicho es verdad?

GILBERTO.

Sí.

FABIANI.

¿Yo te he impelido al rejicidio? ¿yo?

GILBERTO.

Sí.

FABIANI.

Sí, siempre sí. ¡Maldicion! Vos no podeis figuraros, señores, hasta qué punto es falso lo que dice. ¡Este hombre ha salido del infierno! ¡infeliz! tú quieres perderme; pero ignoras que te pierdes al mismo tiempo? El crímen de que me acusas recae sobre ti igualmente; tú podrás hacer que yo muera, pero te arrastraré conmigo al cadalso: con una palabra sola, insensato,

haces caer dos cabezas, la tuya y la mia. ¿No lo sabes, infeliz?

GILBERTO.

Ya lo sé.

FABIANI.

Milores, este hombre es pagado....

GILBERTO.

Pagado por vos: he aqui la bolsa llena de oro que me disteis por el crímen: vuestra cifra y vuestras armas estan grabadas en ella.

FABIANI.

¡Justicia de Dios!... pero el puñal con que se dice que este hombre queria asesinar á la Reina, ¿donde está? ¿adonde está el puñal?

CHANDOS.

Vedle aqui.

GILBERTO.

(*A Fabiani.*) Es el vuestro. Vos me le habeis dado para el efecto: la vaina vos la teneis.

CANCILLER.

Conde de Clanbrasil, ¿que teneis que responder? reconoceis á este hombre?

FABIANI.

No.

GILBERTO.

No es estraño; no me vió sino por la noche. Dejadme decirle dos palabras al oido, se-

ñora, para ayudar su memoria. (*Se acerca á él.*) ¿Hoy no reconoces á nadie, milord? ni al hombre ultrajado ni á la mujer seducida. ¡Ah! la Reina se venga, pero el hombre del pueblo tambien. Tú me has desafiado, segun creo: aqui estás ahora entre dos venganzas: ¿que dices, milord? Yo soy Gilberto el tallista.

FABIANI.

Sí, os reconozco.... Yo reconozco á este hombre, señores; y desde el momento en que tengo que hacer con este hombre, no tengo nada que decir.

REINA.

El confiesa, ya lo oís.

CANCILLER.

(*A Gilberto.*) Segun la ley normanda y el estatuto vijésimo quinto de Henrique VIII en el crímen de lesa majestad contra el primer jefe del Estado, la confesion no salva al cómplice. No olvideis que este es un caso en que la Reina no tiene el derecho de perdonar, y que morireis en un cadalso con el que os ocusa. Reflecsionad. ¿Confirmais todo cuanto habeis dicho?

GILBERTO.

Yo sé morir, y lo confirmo.

JUANA.

(*Aparte.*) ¡Dios mio! Si esto es un sueño, es bien horroroso.

CANCILLER

¿Consentís en reiterar vuestras declaraciones sobre el evanjelio? (*Se lo presenta poniendo sobre él la mano.*)

GILBERTO.

Juro con la mano puesta sobre el evanjelio, y prócimo á morir, que este hombre es un asesino; que este puñal es suyo, y que ha servido para el crímen; que esta bolsa es la suya, y que por el crímen me fue dada. Dios me asista, que asi es la verdad.

CANCILLER.

Milord, ¿que teneis que decir? (*A Fabiani.*)

FABIANI.

Nada. ¡Estoy perdido!

SIMON.

(*Bajo á la Reina.*) ¡V. M. ha mandado venir al verdugo! allí está.

REINA.

Bien; que entre. (*Los nobles se separan para dar paso al verdugo, que se presenta vestido de encarnado y negro, con una ancha y larga espada á su espalda.*

Escena IX.

Los mismos, y el verdugo.

REINA.

Milord, duque de Sommerset, estos dos

hombres á la torre. Milord Gardiner, nuestro canciller, que su proceso comience desde mañana ante los doce pares de la cámara estrellada, y que Dios ayude á la antigua Inglaterra. Esperamos que esos hombres serán juzgados antes de que marchemos á Exford donde abriremos el parlamente, y á Windsor donde pasaremos las pascuas. (*Al verdugo.*) Acércate; me alegro de verte. Eres un buen servidor; estás viejo, y has visto ya tres reinados. Es costubre de los soberanos de estos reino hacerte una gracia, darte un regalo el mas magnífico posible á su advenimiento al trono. Mi padre Henrique VIII te dió el broche de diamantes de su capa. Mi hermano Eduardo VI una taza de oro cincelada: ahora me toca á mi; yo no te he dado aun nada, y es preciso hacerte un regalo. Acércate. (*Señalándole á Fabiani.*) ¿Ves bien esa cabeza, esa bella y encantadora cabeza, que esta mañana todavía era lo que yo tenia de mas hermoso, de mas querido, de mas precioso en el mundo? Pues bien.... esa cabeza.... ¿la ves bien? dí.... Yo te la regalo.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

JORNADA TERCERA.

PRIMERA PARTE.

¿Cual de los dos?

Jornada tercera.

PERSONAJES.

La Reina.
Gilberto.
Juana.
Simon Renard.
Josué Farnaby.
Maese Eneas Dulverton.
Lord Clinton.
Un carcelero.

Jornada tercera.

PRIMERA PARTE.

Sala interior de la torre de Lóndres. Bóveda gótica sostenida por gruesos pilares: á derecha é izquierda dos puertas pequeñas de dos calabozos. A la derecha una claraboya que figura dar al Támesis; otra á la izquierda que figura dar á la calle: á cada lado una puerta secreta y encubierta en el muro: una galeria en el fondo con una especie de mirador ó balcon grande con vidrieras, y que da á los patios de la torre.

Escena I.

Gilberto y Josué Farnaby.

GILBERTO.

¿Conque no hay ninguna esperanza, Josué?

JOSUE.

¡Ay! ninguna. (*Gilberto vá á la ventana.*) ¡Oh! no verás nada desde ahí.

GILBERTO.

¿Pero te has informado bien?

JOSUE.

¡Oh! estoy muy cierto.

GILBERTO.

¿Y es por Fabiani?

JOSUE.

Por Fabiani.

GILBERTO.

¡Que feliz es ese hombre! ¡Maldicion!

JOSUE.

¡Pobre Gilberto! ya llegará tu vez: hoy por él, mañana por ti.

GILBERTO.

¿Que quieres decirme? no nos entendemos: ¿de que me hablas?

JOSUE.

Del cadalso que estan levantando en este momento.

GILBERTO.

Yo te hablo de Juana.

JOSUE.

¡De Juana!

GILBERTO.

Sí, de ella solamente: ¿que me importa todo lo demas? ¿no te acuerdas ya que hace un mes que pegado á la rejilla de mi calabozo, desde donde se descubre un poco la calle, la veo rondar pálida, cubierta de luto, al rededor de esta torre que encierra á Fabiano y á mi? ¿No recuerdas mi angustia, mis dudas, mi incertidumbre? ¿por cual de los dos viene? noche y dia me hago sin cesar esta pregunta. Ayer por la tarde me prometiste hablarla, Josué, y averiguarlo: ¡oh! dime, ¿que has sabido? ¿viene por él ó por mi?

JOSUE.

Solo he sabido que Fabiano debia ser decapitado hoy sin falta, y tú mañana: te confieso, Gilberto, que esta noticia me ha vuelto el juicio; el cadalso ha borrado de mi mente á Juana, y tu muerte....

GILBERTO.

¡Mi muerte! ¿que entiendes tú por esa palabra! mi muerte es que Juana no me ama ya, y desde el dia que no soy amado he cesado de vivir; he muerto verdaderamente, Josué: lo que desde ese dia queda aun vivo en mi, no merece la pena que mañana se tomarán: ¡oh! tú no tie-

nes una idea, lo veo, de lo que es un hombre que ama. Si hace dos meses me hubieran dicho: Juana, vuestra Juana pura y sin mancha, vuestro amor, vuestro orgullo, vuestro tesoro, Juana se entregará á otro, ¿la querreis despues aun? Yo le hubiera dicho: no, no la querré, antes mil veces la muerte para ella y para mi; y hubiera mirado con desprecio al que asi me hubiera hablado... Pues bien, hoy ya lo ves, no es la Juana sin mancha que yo adoraba, cuya frente osaba yo apenas tocar con mis labios; se ha entregado á otro, á un miserable, lo sé; pues bien, todo me es indiferente; tengo el corazon destrozado, pero la amo, y besaria la orilla de su vestido, y la pediria perdon si lo ecsijiese. ¡Josué! ¡Josué! yo daria, no cien años de mi vida, porque no me queda mas que un dia, sino la eternidad que será mia mañana, por verla sonreir una vez, una sola vez antes de mi muerte, y oirla decirme como otras veces, con aquella voz tan dulce, «yo te amo.» Josué, he aqui cómo es el corazon del hombre que ama. ¿Crees tú que mataria á la mujer que le engaña? no, no la mataria, se postraria á sus pies ahora como antes, solamente que ahora estaria triste. ¡Te parezco débil, Josué! ¿Que hubiera

yo ganado con matar á Juana? ¡ah! si me amase aun, ¿que me importa todo lo que ha hecho? Pero no, ama á Fabiani; ¡sí le ama! solo por él viene: ¡ah! Josué, ¡que feliz él, y yo que desgraciado!

JOSUE.

Sin embargo, hoy será ajusticiado.

GILBERTO.

Y yo mañana... Sí, hoy me vengaré de él, mañana él de mi.

JOSUE.

¡Silencio! aqui viene Maese Eneas Dulverton, el condestable de la torre, y es preciso encerrarte de nuevo: esta tarde nos veremos.

GILBERTO.

¡Oh! ¡morir sin ser amado! ¡morir sin ser llorado! ¡Juana! ¡Juana!... (*Entra en el calabozo.*)

JOSUE.

¡Pobre Gilberto! ¡Quien hubiera creido lo que le sucede! (*Vase.*)

Escena II.

Simon Renard y Maese Eneas.

SIMON.

¡Es bien singular lo que decís! pero ya se ve, la Reina está loca, no sabe lo que quiere; con nada se puede contar; es una mujer, y el corazon de la mujer es un enigma que Francisco I escribió en las vidrieras de Chambord, diciendo:

«Solo en ser inconstante no varía
La mujer: loco del que en ellas fia.»

Escuchad, Maese Eneas; nosotros somos amigos antiguos. Es preciso que esto acabe hoy. Aqui todo depende de vos. Si os encargan.... (*Le habla al oido.*) dilatadlo todo, y haced de modo que salga fallido su plan: que tenga yo solas dos horas de delantera, y esta tarde se hará lo que yo quiero; mañana no ecsistirá el favorito, y con mi proteccion, vos sereis baronet y teniente de la torre. ¿Habeis comprendido?

ENEAS.

Entiendo.

SIMON.

Bien. Oigo pasos; no conviene que nos vean juntos: salid por allí, ínterin yo por aqui voy á recibir á la Reina.

Escena III.

Un carcelero que entra con precaucion, y luego introduce en la sala á Lady Juana.

CARCELERO.

Estais donde deseais, miladi; esas son las puertas de los dos calabozos; ahora mi recompensa si gustais. (*Juana desata su brazalete de diamantes, y se lo da.*)

JUANA.

Tómala.

CARCELERO.

Gracias, miladi; no me comprometais. (*Sale.*)

JUANA SOLA.

¡Dios mio! ¿como hacer? Yo soy quien le ha perdido, y yo quien debo salvarle: pero cómo, yo no podré, una mujer nunca puede nada. ¡El cadalso! ¡el cadalso! ¡ah! ¡es horroroso! vamos, vamos, nada de lágrimas, obras, obras. Pero yo no podré, no podré. ¡Dios mio! ¡tened

piedad de mi! Creo que viene jente. ¿Quien habla por alli? Yo reconozco esta voz... es la voz de la Reina: ¡ah! todo se ha perdido. (*Se oculta detrás de un pilar.*)

Escena IV.

La Reina, Simon Renard, y Juana (oculta.)

REINA.

¡Ah! ¡os admira mi mudanza! ¡no me parezco á mi misma! y bien, ¿que me importa? tanto vale: ahora no quiero que muera.

SIMON.

V. M. sin embargo decretó ayer que la ejecucion tendrá hoy lugar.

REINA.

Como decreté antes de ayer, que ayer; como decreté el domingo que la ejecucion seria el lunes, y como hoy he decretado que será mañana.

SIMON.

Efectivamente desde el segundo domingo de Adviento, en que la cámara estrellada pronunció la sentencia de muerte, y en que los dos sentenciados fueron conducidos á la torre, precedidos del verdugo, y

con la cuchilla delante de sus ojos, que hace ya tres semanas, V. M. retarda cada dia la ejecucion para el siguiente.

REINA.

Y bien, ¿que no comprendeis, caballero, lo que quiere decir este modo de obrar? ¿es preciso decíroslo todo, y que una mujer descubra enteramente su corazon delante de vos porque es Reina, la infeliz, y porque vos representais aqui al príncipe de España? ¡Dios mio! Vosotros los hombres no comprendeis que el corazon de una mujer tiene tambien secretos que el pudor le impíde revelar. Mas ya que quereis saberlo, que finjís no comprender nada, que todo se os ha de decir, tened entendido, sí, que difiero todos los dias la ejecucion de Fabiani para el siguiente, porque cada dia que amanece me faltan las fuerzas á la sola idea de que la campana de la torre de Lóndres va á anunciar la muerte de este hombre, porque me siento desfallecer al pensar que se afila para él una cuchilla, porque me siento morir al imajinar que se prepara un ataud para él, porque soy mujer, en fin, porque soy débil, porque estoy loca y le amo. ¡Por Dios! ¿teneis bastante? ¿estais satisfecho? ¿me comprendeis ahora? ¡oh! al-

gun dia hallaré medio de vengarme de vos por todo lo que ahora me haceis decir, ¡dejadme!

SIMON.

Sin embargo ya es tiempo de concluir con ese capricho: vais á desposaros con mi amo el príncipe de España, señora.

REINA.

Si el príncipe de España está descontento, que lo diga, no nos faltará con quien casarnos á fe. No estamos tan falta de pretendientes. El hijo del Rey de romanos, el príncipe de Piamonte, el infante de Portugal, el cardenal Polus, el Rey de Dinamarca y el lord Courtenay, son tan buenos caballeros como él.

SIMON.

¡Lord Courtenay! ¡lord Courtenay!

REINA.

Un baron ingles, Sr. bailío, vale tanto como un príncipe español. Ademas lord Courtenay desciende de los Emperadores de Oriente: y ahora enfadaos si quereis.

SIMON.

Fabiani se ha hecho aborrecer en Lóndres de todo el mundo.

REINA.

Menos de mi.

SIMON.

Los plebeyos estan de acuerdo en este punto con los señores de la córte. Si no muere hoy como V. M. lo ha prometido...

REINA.

¿Que?

SIMON.

Habrá alguna conmocion en el pueblo.

REINA.

Para eso tengo mis alabarderos.

SIMON.

Los cortesanos fraguarán alguna conspiracion.

REINA.

Para esos tengo el verdugo.

SIMON.

V. M. ha jurado sobre el devocionario de vuestra madre que no le perdonariais.

REINA.

He aqui una firma en blanco que me ha hecho entregar en que juro sobre mi corona imperial que si lo haré. La corona de mi padre vale tanto como el devocio-

nario de mi madre. Un juramento destruye el otro; ademas, ¿quien os ha dicho que yo le perdonaré?

SIMON.

Señora, os ha engañado descaradamente.

REINA.

¿Y que? ¿todos los hombres no hacen lo mismo? yo no quiero que muera; ¿entendeis, milord?... Sr. bailío, quise decir; ¡ah! vos turbais mi razon de un modo que no sé á quién hablo... basta, sé cuanto vais á decirme. ¡Que es un hombre vil, infame, despreciable! lo sé tambien como vos, y me avergüenzo; pero le amo. ¿Que quereis? acaso amaría menos á un hombre de bien. Ademas, ¿que sois vosotros que tanto le deprimís? ¿valeis acaso mas que él? Me decís que es un favorito, y que la nacion inglesa detesta los favoritos; ¿y no sé yo tambien que vos no quereis destruirle sino para poner en su lugar al conde de Kildare, ese fatuo de irlandes? direis que hace cortar veinte cabezas cada dia, ¿y que os importa á vos? no me hableis del príncipe de España, ni del descontento de Mr. de Noialles el embajador de Francia: es un necio, y se lo diré en su cara. Ademas yo soy

una mujer sujeta á las debilidades de tal, y en quien el corazon es el que manda á la cabeza: la vida de ese hombre es necesaria á la mia. No tomeis ese aire de candor y de buena fe, os lo suplico; conozco muy bien todas vuestras intrigas. Entre nosotros, vos sabeis tan bien como yo que no ha cometido el crímen por que se le condena. Está decidido, no quiero que muera: ¿soy aqui la Reina ó no? Vamos, Sr. bailío, hablemos de otro asunto.

SIMON.

Me retiro, señora; toda vuestra nobleza os ha hablado por mi boca.

REINA.

¿Que me importa la nobleza?

SIMON.

Veamos si el pueblo vale algo mas. (*Aparte.*) (*Sale saludando á la Reina con profundo respeto.*)

REINA.

Se ha marchado con un aire particular. Este hombre es capaz de promover una sedicion: es preciso ir sin tardanza á la casa de ayuntamiento: ¡hola! (*Llamando.*)

Escena V.

Las mismas, y Maese Eneas y Josué.

REINA.

Maese Eneas, es preciso que vos y ese hombre os encargueis de hacer que el conde de Clanbrasil pueda evadirse de la prision inmediatamente.

ENEAS.

Señora...

REINA.

Pero no, no me fio de vos; me acuerdo que sois enemigo suyo. ¡Dios mio! ¡estoy rodeada de enemigos del hombre que amo! apostaria que ese llavero, que no conozco, le aborrece tambien.

JOSUE.

Es cierto, señora.

REINA.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Ese Simon Renard es mas Rey que yo Reina! ¡que! ¡nadie de quien fiarme, nadie á quien poder dar el encargo de librar á Fabiani!

JUANA.

(*Saliendo.*) Sí señora, á mi.

JOSUE.

¡Juana! (*Aparte.*)

REINA.

¿Tú quién eres? ¡ah! ¿sois vos lady Juana? ¿como os hallais aqui? pero no importa el cómo; estais y venís á salvar á Fabiani. Gracias. Yo debia aborreceros, Juana; estar celosa de vos; tengo mil razones para ello; pero no, os amo por que le amais. Delante del cadalso nada de celos, nada mas que el amor. Sois como yo, le perdonais, lo veo; los hombres no comprenden esto, ¡ellos!.. Lady Juana, entendámonos, ambas somos bien desgraciadas, ¿no es verdad? Es preciso que Fabiani se salve; á nadie tengo sino á vos de quien poder valerme; pero estoy segura al menos de que lo hareis con toda vuestra alma. Encargaos de ello. Vosotros dos obedecereis á lady Talbot en todo lo que os mande, y me respondeis con vuestra cabeza de la ejecucion de sus órdenes: ¡abrázame, criatura!

JUANA.

El Támesis baña por este lado el pie de la torre; alli he observado que hay una salida secreta; conducid alli una barquilla,

y por el rio se evadirá con mas seguridad.

ENEAS.

Es imposible que pueda estar alli el barco antes de una hora.

JUANA.

¡Una hora! es demasiado.

ENEAS.

Bien pronto se pasa, entonces será ya de noche, y será aun mejor, una vez que S. M. quiere que la evasion sea secreta.

REINA.

Teneis razon tal vez. Bien, que esté pronto dentro de una hora. Lady Juana, os dejo, tengo precisamente que ir á la casa de ayuntamiento: salvad á Fabiani.

JUANA.

Estad sin cuidado, señora. (*La Reina sale, Juana la sigue con la vista.*)

JOSUE.

(*Aparte.*) Tenia razon Gilberto, es toda de Fabiani.

Escena VI.

Los mismos, menos la Reina.

JUANA.

(*A Eneas.*) Habeis oido cuáles son los deseos de la Reina: un barquichuelo al pie de la torre, las llaves de los pasadizos secretos, un sombrero y una capa.

ENEAS.

Todo no puede estar antes de la noche, hasta de aqui á una hora, milady.

JUANA.

Bien; obedeced, y dejadme con este hombre. (*Eneas sale, Juana lo sigue con la vista.*)

JOSUE.

¡Con este hombre!... pero no es estraño que quien ha olvidado á Gilberto no reconozca á Josué. (*Se dirije al calabozo de Fabiani, y va á abrirlo.*)

JUANA.

¿Que haceis?

JOSUE.

Prevenir vuestros deseos, milady; voy á abrir esta puerta.

JUANA.

¿De donde es esa puerta?

JOSUE.

Del calabozo de milord Fabiani.

JUANA.

¿Y esa otra?

JOSUE.

Del de otro preso.

JUANA.

¿Y quien es ese preso?

JOSUE.

Otro que está sentenciado á muerte, y que no conoceis; un tal Gilberto, un artesano.

JUANA.

Abrid esa puerta.

JOSUE.

¡Gilberto! (*Abriendo.*)

Escena VII.

Juana, Gilberto y Josué.

GILBERTO.

(*Desde dentro.*) ¿Quien me llama? (*Aparece en el umbral, ve á Juana, y se apoya temblando contra la pared.*) ¡Juana!... ¡Lady Talbot!...

JUANA.

(*De rodillas sin levantar los ojos.*) Gilberto, vengo á salvaros.

GILBERTO.

¡A salvarme!

JUANA.

Escuchadme. Tened compasion de mi, y no me abrumeis con vuestras reconvenciones. Sé cuanto vais á decirme. Es justo, pero no me lo digais. Es preciso que os salve; todo está preparado. Dejadme que yo os salve como si cualquiera otro lo hiciera; nada mas quiero; despues desconocedme; haced cuenta que no sabeis quien soy: no me perdoneis, pero dejadme que os salve.

GILBERTO.

Gracias. Es inutil: ¿á que salvar mi vida, lady Juana, si ya no me amais?

JUANA.

(*Con alegria.*) ¡Oh! Gilberto, ¿y es eso en efecto lo que me pedís? ¿os dignais aun ocuparos de lo que pasa en el corazon de la infeliz Juana? ¡Gilberto! ¿el amor que yo pueda tener por alguno os interesa todavía, y os parece merecer la pena de averiguarlo? ¡Oh! yo creía que os era bien indiferente, y que me despreciabais lo bastante para no cuidaros de lo que yo hacia de mi corazon. ¡Si supieseis, Gilberto, el efecto que en él han hecho las palabras que acabais de decirme. Es un rayo de luz que penetra en la oscuridad. ¡Oh! escuchadme. Si yo me atreviese aun á acercarme á vos, si osára tocar vuestro vestido, tomar vuestra mano entre las mias, levantar los ojos hácia vos y hácia el cielo, como otras veces; ¿sabeis lo que os diria, de rodillas, postrada, regando vuestros pies de lágrimas con sollozos en la boca y la alegría en el corazon? Yo os diria: ¡Gilberto, yo te amo!

GILBERTO.

(*Estrechándola con pasion en sus brazos.*) ¡Tú me amas!

JUANA.

Si, te amo.

GILBERTO.

¡Me amas!... ¡Ella me ama! ¡Dios mio! es cierto, es ella quien me lo dice, es su boca la que ha hablado: ¡Gran Dios!

JUANA.

¡Gilberto mio!

GILBERTO.

¿Decias que todo está pronto para mi fuga? ¡Pronto, pronto! la vida, sí, ya quiero vivir; ¡Juana me ama! Esta bóveda se desploma sobre mi cabeza, y me abruma. Tengo necesidad de respirar aire libre; aqui me ahogo; huyamos pronto, Juana: vámonos. Ya quiero vivir, sí... ¡me ama! vamos, vamos.

JUANA.

Todavía no. Es preciso una barca, y esperar á que anochezca: pero está tranquilo, te has salvado, antes de una hora estaremos fuera de aqui. La Reina está en la casa de ayuntamiento, y no vendrá tan pronto; yo mando aqui solamente, ya te lo esplicaré todo.

GILBERTO.

¡Esperar aun una hora! ¡oh! tengo priesa de recobrar la vida y la felicidad. ¡Juana, Juana! ¡alli estarás tú! ¡yo viviré! ¡tú me

amas! ¡ ah ! ¡ yo vengo del infierno ! Contenme, haré mil locuras, ¿ lo ves? Reiré, cantaré... ¿ conque me amas?

JUANA.

Sí, yo te amo, sí, te amo. Créeme, Gilberto, es la verdad lo que te digo como si estuviera en el lecho de la muerte... no amo sino á ti. aun en medio de mi crímen, en el fondo de mi corazon te amaba: apenas caí en los brazos del demonio que me ha perdido, lloré por el ánjel que abandonaba.

GILBERTO.

Todo está olvidado, perdonado: no se hable mas de eso, Juana. ¡ Que importa lo pasado! ¿ como pudiera tenerlo presente al oir tu voz? ¿ quien obraria de otro modo que yo? ¡ ah ! sí, todo te lo perdono, hija mia querida. El fondo del amor es la induljencia, el perdon. Juana, los celos y la desesperacion han secado las lágrimas en mis ojos; pero yo te perdono, te doy gracias, tú eres el solo astro resplandeciente que hay en este mundo para mi, y á cada palabra que pronuncias siento morir un dolor y nacer un placer en mi alma.

JUANA.

¡ Siempre jeneroso, siempre! ¡ Querido Gilberto mio!

GILBERTO.

¡Oh! ¡Ya quisiera estar fuera de aqui huyendo, bien lejos, libre, contigo! ¡esta noche y ese barco cuánto tardan! Juana, esta noche mismo saldremos de Lóndres sin tardanza: dejaremos la Inglaterra, iremos á Venecia, alli ganan mucho los de mi oficio. Tú serás mia... ¡O Dios! ¡yo estoy loco! olvidaba el nombre que tienes, Juana, es demasiado hermoso; ¡hija de lord Talbot!

JUANA.

Yo sé uno mas hermoso aun.

GILBERTO.

¿Cual?

JUANA.

Esposa del jornalero Gilberto.

GILBERTO.

¡Juana!

JUANA.

¡Ah! no, no creas que yo pido tanto; conozco cuán indigna de él soy: no levantaré á tanta altura mis pensamientos, no abusaré hasta ese punto de tu jenerosidad; el pobre tallista Gilberto no debe deshonrarse casándose con la condesa de Waterford. No, yo te seguiré, te amaré, no te dejaré jamás, me sentaré por el dia á

tus pies y por la noche á tu puerta: te miraré trabajar, te ayudaré, te daré lo que necesites, seré para ti algo menos que una hermana y algo mas que un perro, y si te casas, Gilberto (porque Dios querrá que encuentres una mujer pura, sin tacha y digna de ti), si te casas, yo seré la criada de tu mujer, si ella quiere; si no me iré... me iré á morir donde pueda: no te dejaré sino en este caso; si no te casas, me quedaré contigo, seré dócil y obediente, ya lo verás; y si piensan mal de verme contigo, que piensen lo que quieran, no tengo de que avergonzarme, ya soy una mujer sin honra.

GILBERTO.

Tú eres un ánjel, eres mi mujer. (*Echándose á sus pies.*)

JUANA.

¡Tu mujer! tú no perdonas, sino como Dios, purificando: ¡ah! bendito seas, Gilberto, por haber puesto esa corona sobre mi frente. (*Gilberto se levanta, la estrecha contra su corazon, y mientras estan abrazados, Josué viene y toma la mano de Juana.*)

JOSUE.

Es Josué, lady Juana.

JUANA.

¡Buen Josué!

JOSUE.

¿Ahora me habeis reconocido? (*La besa la mano.*)

JUANA.

Es que era por él por quien debia empezar.

GILBERTO.

¡Que felicidad! ¡es verdaderamente cierta tanta dicha! (*Oyese de fuera ruido lejano, gritos confusos, un tumulto.*) (*Va anocheciendo.*)

JOSUE.

¿Que ruido es ese? (*Va á la ventana de la calle.*)

JUANA.

¡O Dios mio! ¡haced que no suceda ningun contratiempo!

JOSUE.

Allá abajo se divisa un gran tropel; picos, azadones, hachas de viento. Los pensionarios de la Reina á caballo y formados en batalla, todos se dirijen hácia aqui. ¡Que gritos! ¡diantre! parece un motin terrible.

JUANA.

¡Con tal que no sea contra Gilberto!

(*Gritos lejanos.*) ¡Fabiani! ¡Muera Fabiani!

JUANA.

¿Oís?

JOSUE.

Sí.

JUANA.

¿Que dicen?

JOSUE.

No puedo distinguir.

JUANA.

¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

Escena VIII.

Los mismos, Eneas y un barquero. (Entran por la parte secreta.)

ENEAS.

¡Milord Fabiani! ¡milord! No hay un momento que perder; se ha sabido que la Reina queria salvar vuestra vida, el populacho se ha alborotado, y si os deteneis un cuarto de hora, os van á arrastrar. Salvaos, milord: aqui estan la capa y el sombrero, las llaves, el barquero... daos priesa, y no olvideis que á mi me lo debeis todo. (*Aparte al barquero.*) No te des priesa.

JUANA.

(Cubriendo con la capa y el sombrero precipitadamente á Gilberto.) (Bajo á Josué.) ¡ Dios mio ! ¡ quiera el cielo que este hombre no le reconozca !

ENEAS.

(Mirando á Gilberto.) ¡ Pero como ! ¿ no es lord Clanbrasil ? ¿ no ejecutais las órdenes de la Reina , milady ? haceis huir á otro en su lugar.

JUANA.

Todo está perdido... ya debiera yo haberlo previsto : ¡ ah ! ¡ Dios mio ! es verdad, amigo , compadeceos...

ENEAS.

¡ Silencio ! Haced lo que querais; no he visto, no he dicho nada. *(Se retira hácia el fondo con indiferencia.)*

JUANA.

¿ Que dice ? ¡ ah ! la Providencia nos proteje; todos quieren salvar á Gilberto.

JOSUE.

No , lady Juana ; es que quieren todos perder á Fabiani. *(Durante esta escena crece el tumulto.)*

JUANA.

Démonos priesa, Gilberto; apresurémonos, ven.

JOSUE.

Dejadle partir solo.

JUANA.

¡Separarme de él!

JOSUE.

Por un momento nada mas. Si quereis salvarle, no le acompañeis; aun es de dia, y estais vestida de blanco: pasado el peligro os reunireis. Venid por aqui conmigo. El por alli.

JUANA.

Tiene razon Josué. ¿Donde me reuniré contigo, Gilberto?

GILBERTO.

Bajo el primer arco del puente de Lóndres.

JUANA.

Bien, parte pronto; el ruido se aumenta, ¡ah! ya quisiera que estuvieras lejos.

JOSUE.

Aqui estan las llaves: doce puertas hay que abrir y cerrar desde aqui hasta la orilla del rio: teneis para un cuarto de hora.

JUANA.

¡Un cuarto de hora! ¡doce puertas! ¡Dios mio!

GILBERTO.

(*Abrazándola.*) Adios, Juana: algunos instantes de separacion todavía, y nos reuniremos para siempre.

JUANA.

Para la eternidad. (*Al barquero.*) Amigo, os encargo que cuides de él.

ENEAS.

Por temor de alguna desgracia no te apresures. (*Salen Gilberto y el barquero.*)

JOSUE.

¡Se ha salvado! ahora cuidemos de nosotros. Cerremos este calabozo. (*Cerra.*) Está hecho: venid pronto, por aqui. (*Sale con Juana por la otra puerta secreta.*)

ENEAS SOLO.

Fabiani ha quedado en la trampa. He aqui una muchacha bien despavilada, que Simon Renard hubiera pagado muy bien; pero ¡como lo tomará la Reina! con tal que no recaiga sobre mi. (*Simon y la Reina entran precipitadamente por la galeria. El tumulto esterior crece cada vez mas;*

es casi de noche. Gritos de muerte, hachas encendidas, ruido de las oleadas de la multitud, rumor de armas, tiros, ruido de caballos. Muchos caballeros con la daga en la mano acompañan á la Reina: entre ellos el heraldo de Inglaterra, Clarence, con el estandarte Real; el heraldo de la Jarretiera con el de la órden.

Escena IX.

La Reina, Simon Renard, Maese Eneas, lord Clinton, los dos heraldos, caballeros, pajes, etc.

LA REINA.

(*Aparte á Eneas.*) ¿Sé ha huido Fabiani?

ENEAS.

Todavía no.

REINA.

¡Todavía no! (*Le mira con aire terrible.*)

ENEAS.

¡Diantre!

(*Gritos fuera.*) Muera Fabiani.

SIMON.

Es preciso que V. M. tome al momento

algun partido; el pueblo quiere la muerte de ese hombre. Lóndres está ardiendo, la torre asaltada, la conmocion es terrible. Los guerreros de la nobleza han sido destrozados en el puente de Lóndres. Los pensionarios de V. M. se sostienen aun; pero desde la casa de ayuntamiento hasta aqui, iban de calle en calle buscando á V. M. Los partidarios de madama Isabel se han mezclado con el pueblo, y bien se conoce que á favor de la sedicion tratan de lograr sus proyectos. Todo esto es bien triste. ¿Que dispone V. M.?

(Gritos.) Muera Fabiani. *(Se acercan aumentando.)*

REINA.

¡Muera Fabiani! Milores, ¿oís ese pueblo que ruje? Es preciso entregarles un hombre: quiere saciar su rabia.

SIMON.

¿Que manda V. M.?

REINA.

¡Por Dios! milores; me parece que temblais todos. ¡Por mi alma! ¿Es preciso, caballeros, que una mujer os enseñe vuestro deber? A caballo, milores, á caballo: ¿os

intimida acaso la canalla? ¿las espadas tienen miedo de sus palos?

SIMON.

No dejeis, señora, que la cosa vaya mas lejos; ceded, que aun es tiempo; podeis aun llamar canalla á esos que gritan, dentro de una hora os vereis obligada á llamarlos pueblo. (*Redobla y se acerca la confusion.*)

REINA.

¡Dentro de una hora!

SIMON.

(*Yendo y volviendo de la galeria.*) Dentro de un cuarto de hora. El primer recinto de la torre ha sido forzado: un paso falta, y el pueblo está aqui.

(*Gritos.*) A la torre, á la torre. Muera Fabiani.

REINA.

¡Que bien dicen que el pueblo es un monstruo! ¡Fabiano!

SIMON.

¿Quereis verle descuartizar en un instante á vuestra vista?

REINA.

Pero sabeis que es indigno; ¡que no haya

uno de vosotros que se mueva, caballeros! Defendedme pues.

CLINTON.

A vos, señora, sí; á Fabiani, no.

REINA.

Pues bien, ¡Cielos! lo digo en alta voz, Fabiani es inocente; Fabiano no ha cometido el crímen por que se le ha condenado. Yo soy, y ese Gilberto, ese tallista, quien todo lo ha hecho, lo ha inventado, lo ha supuesto. Es una farsa. ¿Os atrevereis á desmentirme, Sr. bailío? Ahora defendedlo, señores. Es inocente, os digo, por mi cabeza, sobre mi corona, por Dios mismo, por el alma de mi madre, es inocente. Es tan verdad esto, como que vos estais ahí, lord Clinton; defendedle, destruid á ese populacho como destruisteis á Tom Wyat, mi valiente Clinton, mi antiguo amigo, mi buen Roberto. Os juro que es falso que Fabiani haya querido asesinar á la Reina.

CLINTON.

Otra Reina hay, señora, á quien él ha querido asesinar, la Inglaterra.

REINA.

Abrid, abrid el balcon. (*Redoblan los gri-*

tos.) Quiero probar por mí misma al pueblo que no es culpable.

SIMON.

Probadle, señora, que no es italiano.

REINA.

Cuando pienso que es un Simon Renard, una hechura del cardenal de Grawelle, ¿quien se atreve á hablarme asi?... Vamos, abrid esa puerta, abrid ese calabozo. Fabiano está ahí; quiero verle, quiero hablarle.

SIMON.

¿Que haceis, señora? por su propio interes, es inoportuno hacer saber á todos donde está.

(*Pueblo.*) Muera Fabiani: Viva Isabel.

SIMON.

Ved, señora, que ya gritan viva Isabel.

REINA.

¡Dios mio! ¡Dios mio!

SIMON.

Escojed, señora, (*Señala el calabozo*) esa cabeza al pueblo, ó esa (*Señala la corona*

que lleva la Reina.) corona á madama Isabel.

(Pueblo.) Muera Fabiani: Viva Isabel. *(Una piedra viene á romper los cristales.)*

SIMON.

V. M. se pierde sin salvarle: han forzado el segundo patio. ¿Que disponeis?

REINA.

Sois todos unos malvados, y Clinton el primero. ¡Ah, Clinton! ¡yo me acordaré toda mi vida!

SIMON.

¿Que resolveis?

REINA.

¡Oh! que me abandoneis todos. ¿Que caballeros son estos? Ese pueblo es infame; quisiera pulverizarlo bajo mis pies. Es cierto que hay ocasiones en que una Reina no es mas que una mujer: pero os juro, caballeros, que lo pagareis bien caro.

SIMON.

¿Que es lo que resolveis?

REINA.

Lo que querais; haced lo que querais; sois un asesino. ¡Oh! Fabiano. *(Aparte.)*

SIMON.

Clarence, Jarretiera, ven conmigo. Maese Eneas, abrid el mirador. (*Abre Simon, con Clarence y Jarretiera á derecha é izquierda: gran rumor fuera.*

(*Pueblo.*) Fabiani, Fabiani.

SIMON.

(*En el balcon vuelto al pueblo.*) En nombre de la Reina.

(*Heraldos.* ¡En nombre de la Reina!

SIMON.

Habitantes de Lóndres, la Reina os hace saber; que hoy mismo, esta misma noche, una hora despues de la oracion, Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, cubierto de pies á cabeza con un velo negro, con una mordaza en la boca, y una antorcha de cera amarilla en la mano, será conducido desde la torre de Lóndres por Charing-Cross al Mercado viejo para ser allí publicamente decapitado, en reparacion de sus crímenes de alta traicion, y de atentado de rejicidio contra el primer jefe del Estado, y contra la persona Real y sagrada de S. M. (*Palmoteo fuera.*)

(*Pueblo.*) Viva la Reina: Muera Fabiani.

SIMON.

Y para que nadie alegue ignorancia, manda la Reina: que durante el tránsito del sentenciado desde la torre al Mercado viejo, la campana de la torre anuncie este acontecimiento. La primera campanada será cuando salga de la torre; la segunda cuando suba al cadalso, y la tercera cuando caiga su cabeza. (*Aplausos.*) Esta noche, la torre y la ciudad de Lóndres se iluminarán en señal de regocijo. He dicho. Dios proteja á la antigua Inglaterra. (*Aplausos.*)

(*Heraldos.*) Dios proteja la antigua Inglaterra.

(*Pueblo.*) Muera Fabiani: Viva María: Viva la Reina. (*Cierra el balcon, y Simon viene á la Reina.*)

SIMON.

Jamas madama Isabel me perdonará lo que acabo de hacer.

REINA.

Ni la Reina María tampoco. Dejadme, caballeros. (*Los despide con un jesto.*)

SIMON.

(*Bajo á Eneas.*) Maese Eneas, velad sobre la ejecucion.

ENEAS.

Descansad en mi. (*Simon sale: al ir á hacerlo Eneas, corre á él la Reina, y lo agarra con fuerza de un brazo.*)

Escena X.

La Reina y Eneas.

(*Gritos.*) Muera Fabiani: muera.

REINA.

¿Cual de las dos cabezas crees tú que vale mas en este momento, la suya ó la tuya?

ENEAS.

¡Señora! ¡Que diantre! (*Aparte.*)

REINA.

Nada de disculpas. Te juro por mi madre, que si Fabiano muere, mueres tú.

ENEAS.

Pero, señora...

REINA.

Sálvale y te salvarás, de otro modo, no.

(*Gritos.*) Muera Fabiani : muera.

ENEAS.

¡Salvar á lord Clanbrasil! Pero como el pueblo está ahí... es imposible... ¿por que medio?

REINA.

Busca uno.

ENEAS.

¡Pero de que modo!... ¡Dios mio!

REINA.

Haz como por ti mismo.

ENEAS.

Pero el pueblo estará sobre las armas hasta que la ejecucion se haya verificado. Para apaciguarle, es menester decapitar á alguien.

REINA.

A quien tu quieras.

ENEAS.

¡A quien yo quiera! Esperad, señora; la ejecucion se hará de noche; el reo irá cubierto de un velo negro con una mordaza en la boca; el pueblo apartado á bastante distancia del cadalso por los soldados, como siempre, bastará que vea caer una cabeza. Puede ser muy bien, con

tal que esté alli el barquero, que le encargué no se diera prisa... (*Va á la ventana que da al Támesis.*) Alli está aun. Todavía es tiempo. (*Hace señas con el pañuelo desde la ventana.*) Bien. Os respondo de milord Fabiani, señora.

REINA.

¿Con tu cabeza?

ENEAS.

Con mi cabeza.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LA TERCERA JORNADA.

MARIA TUDOR.

Jornada tercera.

SEGUNDA PARTE.

Una especie de sala, dónde vienen á terminar dos escaleras, una que sube y otra que baja: la entrada de cada una ocupa una parte del teatro; la que sube se pierde en el friso, la que baja en el suelo: no se ve de dónde vienen ni adónde van estas escaleras. La sala está enlutada de un modo particular: la pared de la derecha, la de la izquierda y el techo cubiertas de un paño negro cortado por una gran cruz blanca; el fondo que hace frente al espectador cubierto de un paño blanco con cruz negra. Este color negro y blanco se prolongan cada uno por su lado hasta perderse de vista por las dos escaleras: á derecha é izquierda un altar cubierto de negro y blanco, adornado como para un funeral, con grandes hachas: alguna que otra lámpara fúnebre, colgada de las bóvedas, alumbra débilmente la sala: lo que realmente ilumina la sala, es el gran paño blanco del fondo, á través del cual pasa una luz rojiza, como si detras hubiese un horno ardiendo: la sala está pavimentada de losas sepulcrales. Al alzar el telon se ve dibujada en negro sobre el paño trasparente la sombra inmóvil de la Reina.

Escena I.

Juana y Josué.

(Entran con precaucion, levantando uno de los paños negros por una puerta pequeña y secreta.)

JUANA.

¿Donde estamos, Josué?

JOSUE.

En la meseta grande de la escalera por donde bajan los sentenciados al suplicio, construida y hecha adornar asi por Henrique VIII.

JUANA.

¿Y no hay medio de salir de la torre?

JOSUE.

El pueblo guarda todas las salidas. Esta vez quiere asegurarse de su presa: nadie podrá salir antes de la ejecucion.

JUANA.

La proclama que desde ese balcon se acaba de hacer, resuena aun en mis oidos. ¿La

oisteis cuando estábamos allá bajo? Todo esto es horrible, Josué.

JOSUE.

¡Ah! yo he visto mucho de esto.

JUANA.

¡Con tal que Gilberto se haya podido escapar! ¿Creeis que se habrá salvado, Josué?

JOSUE.

¡Salvado! Estoy seguro.

JUANA.

¿De veras, Josué?

JOSUE.

Sin duda: la torre no ha sido asaltada por la parte del rio; y luego cuando él marchó, el motin no era lo que ha sido despues. ¿Sabeis que ha sido un alboroto de los buenos?

JUANA.

¿Estais cierto de que se ha salvado?

JOSUE.

Y de que os espera á estas horas debajo del primer arco del puente de Lóndres, donde os reunireis con él antes de media noche.

JUANA.

¡Dios mio! ¡Con que inquietud va á estar! (*Reparando en la sombra de la Reina.*) ¡Cielos! ¿Que sombra es esa, Josué?

JOSUE.

Silencio. Es la leona que acecha. (*Mientras Juana considera esta sombra con temor, se oye una voz lejana que parece venir de arriba, que pronuncia lenta y distintamenta estas palabras.*)

(*Voz dentro.*) Este hombre que viene detras de mi, cubierto con un velo negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, baron de Dinasmondi, baron de Darmouth en Devenshire, que va á ser decapitado en la plaza de Lóndres, por crímen de rejicidio y de alta traicion. ¡Dios tenga misericordia de él!

(*Otra voz.*) Rogad por su alma.

JUANA.

Josué, ¿oís?

JOSUE.

Sí, estoy acostumbrado á oir todos los dias estas cosas. (*Se deja ver en lo alto de la escalera un acompañamiento fúnebre que*

va descubriéndose á medida que va bajando. A la cabeza un hombre vestido de negro con una bandera blanca con cruz negra: detras Maese Eneas Dulverton, con una gran capa negra y su baston blanco de condestable; luego un grupo de alabarderos vestidos de encarnado: detras el verdugo con su cuchilla á la espalda, vuelto el corte hácia el que le sigue: tras él un hombre cubierto enteramente de un velo negro que le arrastra: solo se descubre de él un brazo desnudo con una hacha de cera amarilla encendida. Despues un hombre vestido de blanco con una bandera negra con una cruz blanca: á derecha é izquierda dos filas de alabarderos con hachas.)

JUANA.

Josué, ¿veis?

JOSUE.

Sí, estoy acostumbrado á ver de esto todos los dias. (*Al desembocar en el teatro se para el acompañamiento.*)

ENEAS.

Este hombre que viene detras de mi, etc.

(*Otra voz.*) Rogad por su alma. (*El acompañamiento atraviesa lentamente el teatro.*)

JUANA.

¡Que cosa tan terrible es la que estamos viendo, Josué: la sangre se hiela en mis venas.

JOSUE.

¡Malvado Fabiani!

JUANA.

Nada de rencor ya, Josué: malvado, sí, pero bien infeliz tambien. (*El acompañamiento llega á la otra escalera: Simon Renard que hace algunos momentos ha aparecido á la entrada de ella, y que todo lo ha observado, se aparta para dejarlo pasar; la comitiva se oculta bajo la bóveda de la escalera, y va desapareciendo. Juana la sigue con la vista, aterrada: luego que ha desaparecido todo, dice Simon Renard.*)

SIMON.

¿Que significa esto? ¿Este es Fabiani? yo le creía menos grande. ¿Será que Macse Eneas?... La Reina me parece que le detuvo un momento. Veamos. (*Baja la escalera tras el acompañamiento.*)

(*Voz lejos.*) Este hombre que viene detras de mi, etc.

(*Otra voz.*) Rogad por su alma.

JOSUE.

La campana grande va á anunciar su salida de la torre. Acaso os será posible escaparos ahora. Voy á tratar de buscar un medio. Esperadme aqui: vuelvo al momento.

JUANA.

¿Os vais, Josué? Voy á tener miedo aqui sola. ¡Dios mio!

JOSUE.

No podriais ir conmigo por toda la torre sin correr peligro, y es preciso que salgais de ella: reflecsionad que Gilberto os aguarda. (*Vase Josué.*)

JUANA.

¡Gilberto! Sí, todo por él: andad. ¡Oh! ¡que espectáculo tan horroroso! ¡Cuando pienso que esto mismo hubiera sido para Gilberto, ¡Oh! ¡gracias, Dios mio! Vos sois el Dios Salvador, porque habeis salvado á Gilberto. (*El paño del fondo se entreabre, y aparece la Reina que se adelanta á grandes pasos sin ver á Juana.*) ¡Dios mio! ¡La Reina!

Escena II.

Juana y la Reina. (Juana se refugia al altar echando sobre la Reina una mirada de espanto y de terror: la Reina está muda algunos instantes, con los ojos fijos, pálida, como absorta en un sueño, y por último arroja un profundo suspiro.)

REINA.

¡O pueblo! ¡Quien está aqui! (*Repara en Juana.*) ¡Eres tú, muchacha! ¡Sois vos lady Juana! Os hago miedo. Vamos, no temais. El carcelero Eneas nos ha vendido, ¿sabeis? Pero no temas, criatura; ya te he dicho que nada tienes que temer de mi. Lo que un mes hace podia perderte, ahora te salva. Tú amas á Fabiano, y solas tú y yo en el mundo le quedan. Somos hermanas.

JUANA.

Señora ..

REINA.

Sí, tú y yo, dos mujeres; he aqui lo que le ha quedado sobre la tierra. Todo lo demas es contra él. Toda una ciudad, todo un pueblo, el mundo todo. Lucha desigual del amor contra el odio. Para Fabiano,

el amor es triste, espantoso, horrible: tiene tu frente pálida, mis ojos llenos de lágrimas: se oculta bajo un altar fúnebre; ruega por tu boca, y maldice por la mia. El odio se le presenta fiero, radioso, triunfante, armado y vencedor; tiene la córte, el pueblo, las masas de hombres que llenan las calles, lanzando gritos de muerte y de alegría, soberbio, altivo, poderoso: el amor helo aqui; dos mujeres vestidas de luto, llorando sobre una tumba. El odio, helo alli. (*Descorre con violencia el paño blanco del fondo, que separándose deja ver un balcon, y mas allá perdiéndose de vista, la ciudad iluminada en una noche oscura: lo que se vé de la torre está tambien iluminado. Juana fija sus ojos absortos en este espectáculo resplandeciente que aclara la escena.*) ¡Oh! ¡Ciudad infame, revoltosa, maldita que empapa sus vestidos de fiesta en sangre, y que alumbra con sus antorchas al verdugo. Tienes miedo, Juana, ¿no es verdad? ¿No te parece como á mi, que se burla indignamente de nosotras, y que mira con sus centelleantes ojos á estas débiles mujeres perdidas y solas sobre este sepulcro? Juana, ¿oyes como ruje y rie esa ciudad infame? ¡Oh! ¡Inglaterra! ¡Lóndres será tu destruccion! ¡Como qui-

siera yo poder cambiar esas hachas en blandones, esas luces en llamas, y esa iluminacion en una ciudad ardiendo!

(*Voces dentro.*) Alli está. Alli está. Muera Fabiani. (*Rumor, aplausos, gritos confusos.*)

JUANA.

¡Gran Dios! ¡Ya (*Suena la campana grande: al oirlo la Reina se pone á reir horriblemente.*) sale el infeliz! ¿Os reis, señora?

REINA.

Sí, me rio... (*Rie.*) Tú te reirias tambien: pero antes voy á cerrar este paño; me perece siempre que no estamos solas, y que esa ciudad horrorosa nos ve y nos oye. (*Corre la cortina.*) Ahora que ya ha salido, que no corre ningun peligro, puedo decírtelo. Pero rie, burlémonos juntas de ese pueblo que quiere beber sangre. ¡Oh! ¡Es muy gracioso! Juana, ¿tiemblas por Fabiano? Tranquilízate, rie conmigo, te digo: el hombre que tienen entre sus garras, creyendo que es Fabiano... no es él. (*Rie.*)

JUANA.

¿No es Fabiano?

REINA.

No.

JUANA.

¿Quien es pues?

REINA.

Es el otro.

JUANA.

¿Que otro?

REINA.

Bien lo sabes; le conoces: ese artesano, ese hombre... ¿Que importa?

JUANA.

¿Gilberto?

REINA.

Sí, Gilberto, ese es su nombre.

JUANA.

¡Oh! ¡Señora! No, no es posible. ¡Gilberto! Esto seria horroroso. ¡Si se ha fugado!...

REINA.

Sí, se ha fugado; pero al verificarlo le han vuelto á cojer, y le han puesto bajo el velo negro en lugar de Fabiano: la ejecucion es de noche; el pueblo nada verá. Tranquilízate.

JUANA.

¡Ah, señora! Gilberto es el que yo amo.

REINA.

¡Como! ¿Que dices? ¿Tú desvarías? ¿Tú

me engañabas tambien? ¿Conque es Gilberto el que amas? ¡Pero que me importa á mi!

JUANA.

(Echándose á sus pies y sollozando.) ¡Señora, por compasion! ¡En nombre del cielo, señora! ¡Por vuestra corona, por vuestra madre, por los ánjeles, señora! ¡Gilberto! ¡Gilberto! ¡Estoy loca, señora, salvad a Gilberto! El es mi ecsistencia, es mi esposo... Acabo de deciros todo lo que ha hecho por mi; que me ha adoptado, me ha criado, ha ocupado desde mi infancia el lugar de mi padre que murió por vuestra madre. Señora, ya veis que no soy sino una infeliz, y que no debeis ser cruel conmigo. Lo que acabais de decirme ha sido un golpe tan terrible para mi corazon, que no se cómo tengo fuerzas para hablaros. Yo no se lo que me digo; pero es preciso que hagais suspender la ejecucion: al instante hacedla suspender; diferidla á mañana; que haya tiempo de reflecsionar solamente. Ese pueblo esperará á mañana, y entre tanto pensaremos lo que se ha de hacer. No, no meneeis la cabeza: no, no quiero que vuestro Fabiano peligre, no: ponedme á mi en su lugar bajo el velo negro; por la noche ¿quien puede sospechar? ¡Salvad

á Gilberto! ¿Que os importa él ni yo? Pero yo quiero morir. (*Campana.*) ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Esa campana, esa horrorosa campana! Cada uno de sus golpes es un paso para el cadalso, y una puñalada para mi corazon. Haced lo que os digo, señora, ¡por compasion! Vuestro Fabiano no correrá peligro: dejadme besar vuestras manos, señora. ¡Cuanto os amo!... ¡si supierais!... Todavía no os lo he dicho; pero os amo muchísimo porque sois una gran Reina. ¿No veis como beso vuestras hermosas manos?. . ¡Oh! una órden, una órden para suspender la ejecucion. Todavía es tiempo, os lo aseguro. Van muy despacio: la torre está lejos del Mercado viejo: el hombre que habló desde el balcon, dijo que pasarian por Charing-Cross. Hay otro camino mas corto: un hombre á caballo llegaria aun á tiempo. En el nombre del cielo, señora, compadeceos; poneos en mi lugar. Suponed que yo soy la Reina, y vos esta muchacha infeliz: vos llorariais como yo, y yo os haria gracia. ¡Gracia, señora! ¡Oh! ¡ya temia yo que las lágrimas me ahogarian, no me dejarian hablar!... ¡Oh! Al instante suspended la ejecucion. Esto no ofrece inconveniente alguno, señora: ningun riesgo para Fabiani, os lo juro. ¿Que? ¿Creeis

en verdad que no puede hacerse lo que digo, señora?

REINA.

(*Enternecida y levantándola.*) ¡Bien quisiera hacerlo, infeliz! ¡Ah! Tú lloras, como yo lloraba. Yo he sentido lo mismo que tú ahora, y los tormentos que he sufrido me hacen compadecer los tuyos. Mira, ¿no ves como lloro tambien? ¡Es mucha fatalidad! ¡Pobre criatura! Bien creo que se hubiera podido poner á otro en su lugar, á Tyrconnel por ejemplo; pero este es demasiado conocido; era preciso un hombre oscuro, y no habia mas que este á mano. ¿Lo entiendes ahora todo? ¡Ah! ¡Dios mio! hay situaciones en que se halla una atada... en que nada puede...

JUANA.

Sí señora, os escucho; yo tambien os diria otras cosas; pero quisiera que la órden para suspender la ejecucion estuviese ya firmada, y que el portador hubiese ya marchado. Despues de hecho esto hablaremos mejor. (*Campana.*) ¡Oh! ¡Esa campana! ¡Dios mio!

REINA.

Lo que quieres no puede ser; es imposible, lady Juana.

JUANA.

Sí, sí puede ser: un hombre á caballo: hay un camino mas corto que el muelle: yo iré: es posible... muy fácil.

REINA.

Pero el pueblo no querria; vendria á la torre á devorar á Fabiano que no ha salido aun. ¡Tiemblas, pobre criatura! Yo tambien. Ponte ahora tú en mi lugar: pero yo podia ahorrarme el trabajo de esplicarte todo esto: ya ves que hago lo que puedo. No pienses mas en ese Gilberto, se acabó: resígnate.

JUANA.

¿Se acabó, decís? No, no se acabó mientras esa horrible campana no cese de tocar. ¡Resignarse á la muerte de Gilberto! ¿Y creeis que yo le dejaré morir asi? No señora. ¡Ah! Son en vano mis lágrimas... ¿no me escuchais? Pues bien, si la (*Rumor.*) Reina no me oye, el pueblo me oirá. Mirad. ¡Ah! El pueblo está aun en el segundo patio. Vos hareis luego de mi lo que querais; pero voy á gritarle que le engañan, que es Gilberto, un trabajador como ellos, y no Fabiani.

REINA.

Detente, miserable criatura. (*La coje del brazo con furor.*) ¡Ah! Yo soy buena, dulce, lloro contigo, ¿y tú te vuelves loca y furiosa? ¡Ah! mi amor es tan grande como el tuyo, y mi mano mas fuerte. No saldrás con tu empresa. ¡Ah! ¡Tú amante! ¿Que me importa á mi? Yo creo que todas las jóvenes de Inglaterra van á venir á pedirme cuenta de sus amantes. ¡Pardiez! Yo salvo el mio como puedo, y á despecho de ese pueblo que está ahí: cuidad cada una del vuestro.

JUANA.

Dejadme. ¡Ah! mujer infame, yo te maldigo.

REINA.

¡Silencio!

JUANA.

No, no quiero callar. ¿Quereis que os diga un pensamiento que me ocurre ahora? Yo no creo que es Gilberto el que va á morir.

REINA.

¿Que dices?

JUANA.

No se; pero le he visto pasar bajo aquel velo negro; y me parece que si hubiese sido él, algun movimiento, algun grito inte-

rior se hubiera levantado de mi corazon, y me hubiera dicho: ¡Es Gilberto! No, yo no he sentido esa voz... no, no es él.

REINA.

¿Que dices? ¡Dios mio! Tú estás loca: lo que dices es un disparate, pero me horroriza: sin saber por qué vienes á despertar una secreta inquietud en mi corazon. ¡Ah! Porque me ha impedido este alboroto velar por mí misma sobre todo. ¡Por que habré yo encargado á otro que á mi la salvacion de Fabiano! Eneas Dulverton es un traidor acaso. Simon Renard estaba alli con él. Quiera Dios que no me hayan vendido segunda vez, que no sea Fabiano en efecto... ¡Hola! pronto... No hay aqui nadie... (*Salen dos carceleros.*) Corred: aqui está mi (*Al primer carcelero.*) anillo Real: decid que se suspenda la ejecucion. Pronto: al Mercado viejo... (*Sale carcelero.*) ¿Decias tú que hay un camino mas corto?

JUANA.

Sí señora; por el muelle.

REINA.

Por el muelle, un caballo, un caballo: corre. Tú (*Al segundo.*) ve inmediamente á la torrecilla de Eduardo el confesor: alli

hay dos calabozos: en el uno hay un hombre, tráelo aqui al momento. (*Vase el carcelero.*) ¡Ah! ¡yo tiemblo! Mis rodillas se doblan. No tendria fuerzas para ir yo misma. ¡Ah! ¡me vuelvo loca como tú! ¡Yo te maldigo como tú me maldices! ¡Dios mio! ¿Llegará á tiempo ese hombre? ¡Que horrible angustia! Yo nada veo... mi imajinacion se turba. (*Campana.*) ¿Por quien toca esa campana, por Gilberto ó por Fabiani?

JUANA.

Ya cesa.

REINA.

Es que han llegado á la plaza de la ejecucion. El hombre no habrá tenido tiempo. (*Cañonazo.*)

JUANA.

¡Cielos!

REINA.

Ya sube al cadalso. (*Cañonazo.*) Se arrodilla.

JUANA.

¡Dios mio! (*Cañonazo.*)

LAS DOS.

¡Ah!

REINA.

Ya no esiste mas que uno: pronto sabremos

cuál de los dos. ¡Dios mio! Haced que sea Fabiano el que va á entrar.

JUANA.

¡Dios mio! Que sea Gilberto. (*La cortina del fondo se abre. Simon conduce á Gilberto por la mano. Se precipitan el uno en los brazos del otro.*

JUANA.

¡Gilberto!

REINA.

¿Y Fabiani?

SIMON.

Muerto.

REINA.

¡Muerto! ¡Muerto! ¿Quien se ha atrevido?..

SIMON.

Yo. He salvado á la Reina y á la Inglaterra.

FIN.

En la misma librería se hallarán las comedias siguientes.

Amalia, ó no todas son coquetas.
Bruto, ó Roma libre.
Caprichos de Federico II.
El Abogado embrollon, ó el litigante generoso.
El Baron.
El Billete de la lotería moderna, ó sea la cartera perdida
El Café.
El Célebre marino Juan de Calés.
El Desafío y el Bautizo.
El Diplomático.
El Fratricida, ó los remordimientos.
El Imperio de la verdad, ó el Sepulturero.
El Leñador escocés.
El Médico á palos.
El Médico del lugar.
El Negro y el Blanco.
Elmira ó la Americana.
Gonzalo Bustos de Lara.
Idomenéo.
La Apuesta ganada ó el recibo del beso.
La Atala.
La Cabeza de bronce, ó el desertor húngaro.
La Condesa de Castilla.
La Enemiga de los hombres.
La Escuela de los maridos.

La Filantropía ó la reparacion de un delito.
La Inocencia triunfante.
La Loca, ó el testamento de una inglesa.
La Metromanía.
La Misantropía.
La Mogigata.
La Muger de dos maridos.
La Recompensa del arrepentimiento.
La Vieja y los dos calaveras.
Las Citas á media noche.
Llorar por los muertos y suspirar por los vivos,
ó lágrimas engañadoras de una viuda beata.
Lo cierto por lo dudoso ó la muger firme.
Los Asesinos de Florencia ó la quinta de Paluzi.
Los Ladrones de la Calabria.
Los Partidos.
Mudarra.
Pablo y Virginia.
Pelayo.
Pítaco.
Pólder, ó el verdugo de Amsterdam.
Taycole, ó el sacrificio gladiatorio.

Para los que estén suscritos ó se suscriban al Boletín por seis meses á
28 rs. rústica, pidiéndolos directamente á la redaccion.